Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica **1941** Sábado 25 de Octubre | No. 19

Año XXII — No. 923

En este número:

La sublime honradez de Hostos

(En el *Rep. Amer.*)

En *Itinerario de América*, de Buenos Aires, se reprodujo hace unas semanas un artículo de Manuel González Prada, publicado originalmente en Lima, que nos hizo recordar a nuestro Hostos. Nos hizo recordar la honradez, la sublime honradez de Eugenio María de Hostos, en contraposición a las depredaciones de los astutos políticos de los países del Sur.

Manuel González Prada es uno de los escritores más ilustres y de los hombres más íntegros del Perú, —su patria—, y de América. Es una figura continental. Blanco Fombona le dedicó un ensayo, como también a nuestro Hostos, en su libro publicado en Madrid, *Grandes Escritores de América*. González Prada fué un poderoso factor de renovación y fortalecimiento nacional después de la desastrosa guerra del Perú con Chile.

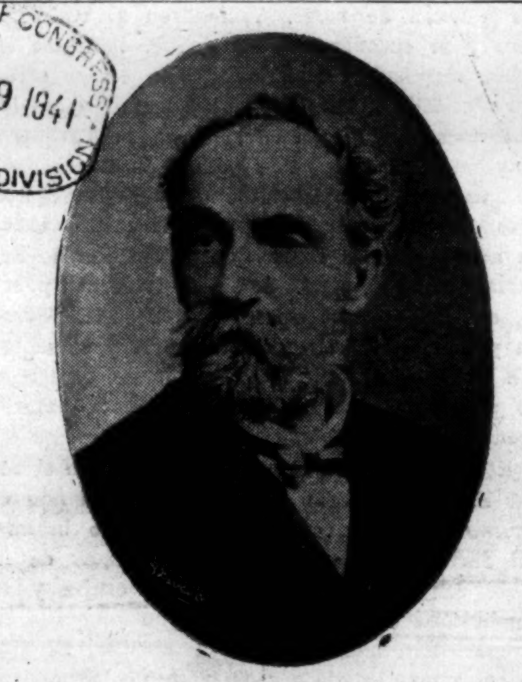
He aquí algunos párrafos del artículo de González Prada:

"Nuestros mercaderes políticos dilapidaron los bienes nacionales y convirtieron el Montecristo de Sudamérica en mendigo de las bolsas europeas. Durante muchos años toda la ciencia infusa de los hacendistas criollos se redujo a saldar el déficit con préstamos concedidos por los consignatarios; préstamos que eran el mismo dinero fiscal dado con interés subido. Nuestra historia financiera (si por *finanzas* se entiende el pedir dinero para malgastarle y no pagarle) se halla escrita en los libros de corredores y banqueros más o menos judíos; ahí, en el haber, consta el precio de las conciencias nacionales. Nada o muy poco se benefició el país con el huano y el salitre. Según Billinghurst, la explotación de las huaneras, desde 1941 hasta 1879, produjo cerca de ochocientos millones de soles; y de esa suma, solamente diez y ocho a veinte millones fueron invertidos en obras públicas. La riqueza nos sirvió de elemento corruptor, no de progreso material. La venta del huano, la celebración de los empréstitos, la construcción de ferrocarriles, la emisión de los billetes y la expropiación de las salitreras dan margen a los más escandalosos gatuperios. Los contratos con Dreyfus, Meiggs y Grace, equivalieron a la celebración de grandes ferias donde figuraron como artículos de venta y cambalache, los diarios, los presidentes de la República, los Tribunales de Justicia, las Cámaras, los ministros de Estado, los cónsules y demás funcionarios públicos. Al ver que en pocos meses y hasta en pocos días algunos improvisaron riquezas fabulosas, cunde en todas las clases sociales el morboso deseo de enriquecerse. Ningún medio de adquirir parece ilícito. Las gentes se habrían arrojado a un albañal si en el fondo hubieran divisado un sol de oro. Cegadas hoy las principales fuentes de riqueza nacional y cerrado el ciclo de las vastas operaciones financieras, solamente quedan los negocios de menor cuantía, los mercados de poca monta, las sisas de cocinera, algo así como las sobras del festín, los desmenuzos del pastel, las raspaduras de la olla. A la dentellada de los grandes paquidermos sucede el mordisco de los pequeños roedores".

Hasta ahí González Prada. Hay en esos párrafos del enérgico escritor peruano un nombre que nos recuerda a Hostos: es el de Meiggs. La biografía de Eugenio María de Hostos no podría escribirse sin mencionar a Meiggs. Era necesario que Meiggs existiera para la mayor gloria de Hostos. Contraste de sombra y luz.

Por los mismos años a que se refiere González Prada, en que los mercaderes nacionales realizaban sus suculentas negociaciones, peregrinaba por Sudamérica uno de los apóstoles más puros que han existido desde que el mundo es mundo. Su honradez raya en lo sublime, en lo maravilloso. Su honradez fué su Calvario y su corona de espinas. Estaba nuestro apóstol en Lima. Año 1870. Escribía en los periódicos de aquel país, pues quería vivir únicamente de su trabajo. El contratista Meiggs se acercó al apóstol y le ofreció doscientos mil pesos si conseguía con un artículo suyo que el gobierno le adjudicara el contrato del ferrocarril de la Oroya. Hostos rechazó la oferta. Se negó a alquilar su pluma al contratista.

Téngase en cuenta que Hostos andaba por Sudamérica en propaganda por la libertad de las Antillas; que Hostos pudo haber cogido ese dinero con el pretexto de que era para dedicarlo a la lucha por la independencia de Cuba, pues la insinuación a ese respecto le fué hecha. Pero el sublime apóstol, según rechazó la venduta, rechazó el pretexto que se ofrecía como decoroso. Podía aparecer como decoroso ante los hombres, pero no ante su conciencia y eso bastaba para rechazarle. Ya Hostos anteriormente se había negado a recibir dinero de los cubanos para que no se creyeran que su propaganda libertaria estaba maculada por el interés.



Eugenio María de Hostos

Téngase en cuenta también que cuando la tentación de Meiggs se le presenta a Hostos ya éste tenía el alma llena de cicatrices de las heridas recibidas de los hombres. Que había sido engañado por los políticos de Madrid en cuanto a los ofrecimientos de reforma para las Antillas. Que en París, entre los emigrados políticos, había padecido soledad, hambre y frío. Que en Nueva York había sufrido el desdén y la mala voluntad de los miembros de la Junta revolucionaria. Que en Lima, en la misma Lima, había sufrido al ver la desconfianza con que le miraban los nacionales cuando se enteraban de que aquel ideólogo extranjero era un pobre que se hospedaba en el modesto hotel *Seronville*.

Y, en el preciso momento en que apuraba esta última amargura, se presenta el contratista Meiggs y le ofrece una fortuna con un pretexto en apariencia decoroso, a la mano. Y el sublime Hostos no la acepta ni siquiera como compensación a los diez años de lucha y peregrinación dolorosa por su "querida revolución", como él decía.

¿Habráse visto en los anales humanos una probidad semejante a la de Eugenio María de Hostos? Ese solo gesto de Hostos, entre mil que constituyen su vida y su obra, ¿no bastaría para inmortalizarle? ¿No le da derecho a la recordación agradecida y emocionada de su patria, de las Antillas y de América?

Luis Villaronga

San Juan, Puerto Rico, setiembre de 1941.

Los mil y un cuentos

Yuki-Onna

(De *Kwaidan*. Calpe. Madrid. 1922)

En un lugar de la provincia de Musashi vivieron dos leñadores, llamados Mosaku el uno y Minokichi el otro. En el tiempo a que me refiero, Mosaku era ya un anciano, y Minokichi, su ayudante, contaba solamente diez y ocho años de edad. Todos los días iban juntos a un bosque distante unas cinco millas de su pueblecito. Para llegar a él tenían que cruzar un ancho río, en el que había una barca. En el sitio donde estaba el embarcadero construyeron varios puentes; pero todos se los llevaron las aguas. Ninguno podía resistir las crecidas del caudaloso río.

En una tarde muy fría, al regresar los leñadores a su casa, se vieron sorprendidos por terrible huracán de nieve. Y llegaron al embarcadero y se encontraron con que el barquero se había marchado, dejando el bote en la orilla opuesta. El día no estaba para nadar, y los leñadores se refugiaron en la choza del barquero, muy satisfechos de haber podido encontrar donde guarecerse. En la choza no había brasero ni sitio para encender fuego, pues la cabaña estaba hecha con dos esteras y su extensión no llegaría a seis pies cuadrados. Sólo tenía una puerta, sin más huecos de ninguna especie. Mosaku y Minokichi sujetaron la puerta y se sentaron a descansar, abrigándose con sus casacones de paja. Imaginaban que la tormenta pasaría pronto.

El viejo se durmió poco después; pero el zagal estuvo despierto largo rato, escuchando el retumbar de los truenos, el horrísono bramar del furioso viento y el continuo azotar de la nieve contra la débil choza, que crujía y se bamboleaba con la ligereza que un junquillo en el mar. Era una tormenta formidable. El aire se hacía más helado a cada momento. Minokichi temblaba bajo su casacón de paja. Pero, al fin, y no obstante el gran frío que le atormentaba, se quedó aletargado. De pronto, al sentir que la nieve le caía en el rostro, se despertó. La puerta de la choza había sido forzada, y al resplandor de la nieve (*yukiakari*) pudo distinguir la figura de una mujer. Era blanca desde la cabeza a los pies. Estaba inclinada sobre Mosaku y echándole su aliento, y este aliento era igual que un humo brillante. Casi en aquel momento se volvió hacia Minokichi, y también se inclinó sobre él. Este quiso gritar, pero no pudo. Había perdido el habla. La mujer blanca se inclinaba y se inclinaba cada vez más, hasta que se tocaron los dos rostros... El leñador observó que era muy bella, pero los ojos causaban espanto. Por espacio de unos segundos le contempló en silencio. Después le dirigió una sonrisa y le susurró al oído:

—Pensaba hacerte lo mismo que al otro. Pero no puedo por menos de sentir alguna misericordia hacia ti: ¡eres tan joven!... ¡Y eres un hermoso joven!... ¡Muy hermoso!, muy hermoso!..., sí, Minokichi. Y por eso no quiero herirte ahora. Pero si alguna vez dices algo, aunque fuera a tu propia madre, referente a lo que has visto esta noche, lo sabré al momento ¡y te mataré!... No olvides nunca esto que te he dicho...

Dió media vuelta, atravesó la puerta y desapareció. El leñador pudo moverse al fin. Corrió a la puerta y escudriñó por todas partes. Pero la mujer se había volatilizado misteriosamente...; y la nieve entraba de un modo arrollador en la desvencijada cabaña. Minokichi cerró la puerta y la aseguró con varios trozos de madera. Imaginó que el viento había sido quien derrumbó la puerta y que todo lo demás no pasaba de ser un sueño lúgubre. Y quizá la figura de mujer que vió en la puerta no fué otra cosa que la brillante claridad de la nieve... Pero no estaba muy seguro de sus ideas..., y llamó al viejo. Y éste no le respondió. Minokichi quedó aterrado. Empezó a buscar a tientas en la obscuridad, y dió con el rostro de Mosaku..., ¡y notó que estaba frío como el hielo!... El desgraciado leñador había muerto...

Al romper el día cesó la tormenta. Cuando el barquero, un poco después de salir el sol, retornó a su puesto, halló a Minokichi tendido en el suelo, sin conocimiento, junto al congelado cadáver de Mosaku. Minokichi fué solícitamente atendido, y pronto volvió en sí; pero estuvo enfermo durante mucho tiempo, a causa del frío que cogió en aquella terrible noche. La muerte del viejo le afectó de modo tremendo, pero no habló a nadie sobre la visita de la mujer blanca. Tan pronto como recobró la salud, reanudó sus tareas de leñador. Todas las mañanas iba solo al bosque, y regresaba al anochecer, trayendo sus correspondientes haces de leña, los cuales se encargaba de vender su madre, y con el producto de ellos trataban de ir viviendo....

Una tarde del invierno siguiente, al regresar a su cabaña, encontró en la carretera a una niña que llevaba la misma dirección que él. La jovencita era alta, de cuerpo frágil y esbelto y de hermosa apariencia. Minokichi la saludó Ella contestó al saludo, y su voz resonó en los oídos del joven con la misma dulzura que el canto de un pájaro niño. El leñador se unió a la jovencita y empezaron a charlar. Dijo llamarse O-Yuki (1). Hacía poco tiempo que habían muerto sus padres y marchaba a Yedo para ver si por medio de unos parientes pobres que allí tenía entraba a servir en alguna casa principal. Minokichi quedó encantado con la amena charla de aquella mujercita, y cuanto más la miraba más bella le parecía. Le preguntó si estaba prometida. Y ella le contestó que no, y se rió alegremente. A su vez, O-Yuki preguntó también al leñador si estaba casado o prometido. Minokichi respondió que, aunque sólo tenía que mantener a su madre (el padre había muerto ya), la cuestión de una "nuera conveniente" aun no se había tratado, porque él era muy joven...

Después de hacerse estas mutuas confidencias siguieron su camino. Marcharon durante gran espacio de tiempo sin hablarse una palabra; pero, como dice el proverbio japonés: *Ki ga arébá mé mo kuchi hodo ni mono wo iu;* "Cuando el deseo ha venido, los ojos pueden hablar mucho más que la boca..." Al llegar al pueblecillo ambos se hallaban encantados uno del otro. Minokichi rogó a O-Yuki que entrara en la casa para tomar algún reposo. La niña respondió con gran timidez, y rechazó en un principio el ofrecimiento. Mas acabó por aceptar. La madre del joven la recibió con mucho cariño y le preparó comida caliente. O-Yuki se portó de modo tan delicado y tan exquisito, que la anciana se aficiono a ella y la persuadió para que retrasara su viaje a Yedo. Y el desenlace natural de todo esto fué que O-Yuki no marchó nunca a Yedo... Permaneció en la casa como "una nuera conveniente".

Y O-Yuki demostró que, en efecto, era una bonísima nuera: cuando, cinco años después, murió la madre de Minokichi, las últimas palabras que pronunció fueron palabras de afecto y alabanza dirigidas a la esposa de su hijo.

O-Yuki trajo diez hijos al mundo, niños y niñas, todos muy hermosos y de blanquísimo cutis.

Las gentes del país creían que O-Yuki era una persona algo bruja, basándose en la diferencia que existía entre ella y las restantes vecinas del pueblecillo. Quienes más se preocupaban de esto, naturalmente, eran las viejas... Y O-Yuki, a pesar de haber tenido diez hijos, se conservaba tan joven, tan fresca y tan bella como el primer día que entró en la aldea...

Una noche, después que acostaron a los niños, O-Yuki se sentó a coser a la luz de una linterna de papel. Minokichi, que estaba contemplándola, exclamó:

—El verte coser, y con la luz sobre tu rostro, me hace recordar cierto suceso bastante extraño que me ocurrió cuando tenía diez y ocho años de vida. Entonces vi una cosa tan blanca y tan bella como tú lo estás ahora... Ciertamente *aquella cosa* era igual que tú...

Sin levantar su mirada de la costura, O-Yuki preguntó:

—Dime algo de ella... ¿Dónde la viste?...

Y Minokichi refirió la macabra historia de la noche de antaño. Le habló de la Mujer Blanca que se inclinó sobre él sonriéndole y murmurando a su oído unas terribles palabras. También contó la silenciosa muerte de Mosaku, y añadió:

—Despierto o adormilado, aquélla fué la única vez en mi vida que he visto un ser tan hermoso como tú. Desde luego, la mujer no era un ser humano, y yo me asusté de ella, ¡y me asusté mucho!... Pero ¡era tan blanca!... Y, en verdad, nunca he podido tener la certeza de si fué un sueño lo que yo vi o si era la Mujer de Nieve...

O-Yuki arrojó al suelo violentamente sus labores, se levantó con precipitación y, dirigiéndose a Minokichi, le gritó:

—¡¡Era yo, yo, yo!!... ¡¡Yuki, Yuki, Yuki era!!... ¡Y te dije que te mataría si llegabas a decir a nadie una palabra sobre ello!... Mas, por estos niños que duermen ahí, ¡no quiero matarte en este momento!... ¡Cuida bien de ellos, procura que nunca les falte nada, pues si algún día tuvieran motivo para quejarse de ti, entonces ¡te trataría como mereces!...

Y a medida que gritaba su voz se iba debilitando, y sus ecos parecían el silbido de un viento lejano... Y se fundió en una nubecilla blanca y brillante, que hizo espirales por toda la habitación, hasta llegar al techo, y, estremeciéndose, desapareció por la chimenea... Jamás volvió a ser vista...

LAFCADIO HEARN

1) Este nombre, que significa *nieve*, todavía está en uso.



Páginas líricas

(En el *Rep. Amer.*)

El autor de estas poesías es un joven: *Mario Hernández*. Joven apenas de veinte años. En el Liceo de Costa Rica, de estudiante, dejo huella luminosa. Tres disciplinas diéronles alimento a sus mejores inquietudes: la literatura, la psicología y la biología. Desde que era apenas un niño, escribe versos. Su temperamento asaz emotivo sólo encuentra apropiada expresión en el áureo molde del verso. Dijérase que vive atormentado por aprisionar lo mejor de su vida, lo más hondo de su ser entre los hilos misteriosos de la poesía, tal como lo hacen las almas privilegiadas, las que se abrieron a la vida para trocar el dolor en milagro de una canción. El joven poeta, lo es de verdad. Agil de espíritu, encuentra ahora en el refugio generoso de la moderna forma, el mejor cauce para derramar la pujanza de un subjetivismo tan hermoso y tan puro como su edad. La edad que hace inmortales a quienes dijeron en ella un mensaje henchido de lo eterno...

A. A. M.

Costa Rica, octubre de 1941.

(Tú) *Forma sin forma:*
niebla.
(Yo) *Carne volada en gajos:*
osamenta.

Mi taladro traspasa el viento de tu alma,
y no hay roca, ni chispas, ni fuego en tus entrañas.

(Tú) *Agua que se desliza por un vidrio:*
escarcha.
(Yo) *Lava lavando montes:*
catarata.

Mis ansias son silentes en su silencio mudo;
tu mutismo es callado, pero también es turbio.

(Tú) *Luz de luna en un bosque:*
frágil cuna.
(Yo) *Desierto al mediodía:*
tosca tuna.

Te quiero y sólo el eco a mis gritos responde;
te busco y no te encuentro... ¿Dónde estás?... (dónde?, donde?)

(Tú)
y *Dos tornillos sin fin...*
(Yo)

M. Hernández

Setiembre 3 del 41.

Mientras Yo, Otoño,
escribo sinfonías de colores en mis ramas,
al peso doblegadas,
el tiempo pasa y caen
frutas que sólo aguardan blancos dientes
que se hinquen en su carne,
de miel y luz colmada.

Mientras Yo, Pozo,
rezumo por mis poros agua fresca,
la del tis-tis que es música de noche sin estrellas,
no hay un cántaro-cántaro
que baje a mis entrañas,
para hacer el milagro sin palabras
de henchirme y ser henchido.

Mientras Yo, Parra,
aguardo suaves manos,
que estrujen mis racimos en sus labios
con sed de sed ajena,
corre y corre mi savia
buscando en vano escape,
enloquecida en la terrible espera.

Mientras Yo, Anfora plena,
busco en vano una copa donde escanciar mi vino,
las gotas que rebosan
humedecen el polvo,
y sólo van dejando
una hilera de círculos
que marcan en la tierra mi camino.

Y soy brasa que espera el huracán que aviva,
reloj que aun no ha dado sus doce campanadas,
o suspiro de vieja repujada vajilla
que aguarda sólo el día en que ha de ser besada.

M. Hernández

Setiembre 23 del 41.

—o—

Leningrado vencerá!

El corazón se empina en el aliento helado;
la sangre flamea trombas de voces en disturbio;
la arteria y la carne, la piel y la lengua se yerguen y claman:
"Leningrado está en peligro!"

Polen y clorofila, rizomas y cortezas, savia y fruto;
ala y vegetal, piedra y césped, cemento, arcilla y vidrio:
abrid vuestras vidas y escuchad este grito:
"Leningrado está en peligro!"

Matriz y orgasmo genitor del ideal en eterna verdad;
porvenir y preñez, sed, hartura, latitud y meridiano;
abismo y Sol, estremecéos banderas de huracanes:
"Leningrado está en peligro!"

Volcanes indios de la América viva,
retemplad vuestros pasos, amartilláos la voz,
ponéos al hombro vuestras venas coléricas,
y de frente a Leningrado!

Que el Amazonas ruja verticales sus nervios;
que las selvas se eleven en las verstas profícuas;
que los Andes petrifiquen sus cabezas de cóndor
y que todos rodeen sus múltiples trincheras
en torno a Leningrado.

Pensamientos, tornáos en fusiles y aceros!
Libros, haced barricadas y plumas bayonetas!
pues millones de estrellas trabajadoras rojas
están en Leningrado!

Id, elementos simbólicos de la América Indiana...
Pero nó! Sobráis en la defensa de nuestro Leningrado!
Aquí el pecho del Hombre se ha vuelto obús y tanke;
aquí la sangre se hizo metralla y bombarderos,

y la voz voluntad y los pulsos coraje,
y el ritmo de marcha continuo adelante,
Cada Hombre está luchando contra el mundo burgués,
—no importa sus alianzas momentáneas y pérfidas—
por su honor de ser libres, por su hombredad verídica,
por su misma condición de dignidad humana,
por su mismo orgullo de prestigiar la Vida.
Por eso, principios esenciales geológicos de América,
detened vuestros ímpetus, empináos adentro de vuestra vida erecta,
y asombráos del brío soviético blindado
de fe galvanizada con convicción humana.

Vitalidad de América que vivís en lo Indio,
haced lo que Lenín cuyo espíritu conduce
a su Pueblo en la forja de su viril defensa
de la cuna y oriente de la honradez fraterna.

Aquí junto a los tótems de la ternura indiana,
estamos con vosotros obreros y mujeres,
campesinos soldados del Ejército Rojo!
En la aorta más grande fomentamos la tierra
que sostiene y que nutre, perenniza y refulge
la Revolución de Octubre!

Adelante, compañeros,
que ya luchar es vencer!

G. HUMBERTO MATA

Cuenca, Ecuador, S. Am., agosto 25-1941.

—o—

El llamado

Centro América!,
garganta del Continente,
propicia al grito unánime
de libertad y unión.
Centro América,
zona de rebeliones,
altar de sacrificios callados,
nudo vital del porvenir.

Estoy sola y temblando porque voy a cantarte.
Voy a decir la pena sin gemido
que a tus pueblos embarga.
Voy a dar grandes voces para que todos oigan
y acudan a ver llanto,
y acudan a ver sangre...

Allá están los maestros *expulsados del aula,*
condenados sin juicio,
prohibida su tutela para la juventud.
Allá están los esclavos de la Costa del Norte,
víctimas del banano y de la sigatoca,
y quizás en principio de la United Fruit.
Allá en tu seno, Centro América,
están clamando venganza
los que viven el infierno
del mineral de San Juan.
Y aquellos pobres indios
que caminan en recuas, como bestias,
y que comen solamente
chile y sal.
Bajan de la Cordillera
voces de airada protesta,
contra las manos para siempre manchadas
por una doble traición;
contra las manos vendidas
al invasor.
Los vampiros del pueblo chupan la sangre
[y sonríen
con estúpida crueldad.
Signos imperialistas coronan
la más alta cima, dominando con orgullo
mares y Continente.

Centro América,
lugar de proscripción de la Verdad.
Centro América,
en tu seno se coronan de hojalata
reyes de carnaval.

Venid todos a oír:
Es mi voz que denuncia la infamia
y exige castigo.
El valor no esta muerto,
vive la libertad, no importa el sacrificio.
Compañeros en el dolor y en el anhelo!,
Por una América fuerte,
Por la Humanidad entera,
Es hora de luchar hasta vencer.

AMPARO CASAMALHUAPA

México, D. F., 9 de agosto de 1940.

Clima de acción

Tú que trabajas,
abre los ojos y apréstate a la lucha.
La llama de la guerra incendia
pueblos enteros;
mutila sin piedad la infancia
que se levanta,
y escribe interrogaciones en cada día que empieza.

Mezquina ración de pan se amasa
para comer;
y las armas se fabrican sin límite
ni razón.

Tú que trabajas,
contesta:

Quiénes *comen poco*
y quiénes *mueren mucho?...*

Clima de acción es éste,
forjador de conciencias;
hace transparente
la hipócrita cortina de la conveniencia
y pregunta:
Quién atesora fortunas y goza la vida
en esta hora de gritos, de sangre
y desolación?
Quiénes tiemblan en el campo, huyendo
de la ciudad?
Qué daño tan sin medida hizo la mujer
y el niño,
y el anciano sin porvenir?

Tú que trabajas,
pon el oído en la tierra y escucha:
Quiénes lloran de rabia y claman
Justicia?
Son voces enlutadas de la mártir España,
voces de la China,
de Abisinia y la India.
Llaman de día y de noche,
desde una cárcel común.

Tú que trabajas y sufres:
No sientes el eco
De la guerra tremenda en tu pecho?
No te sientes llamado a luchar?

AMPARO CASAMALHUAPA

México, D. F., 14 de febrero de 1940.

Era un ciego a quien había ennoblecido la desgracia. Uno de tantos de la ignorada legión heroica. Transitaba diariamente por esas calles de Dios, vendiendo billetes de lotería, sin importarle las inclemencias del tiempo ni sus propios achaques; atendía los menesteres de su casa; arrancaba a su violín conmovedoras y exquisitas melodías; callaba sus penas y ponía oído atento a las extrañas, deslizando, furtivamente, una moneda en manos que no necesitaban extenderse, suplicándole. A quienes le observaban semejante prodigalidad, les respondía: Lo poco que me sobra no es mío; pertenece a los que sufren más que yo... porque no pueden trabajar.

Para él la ceguera solamente comenzó al principiar su juventud, cuando murió su madre. "No entendía hasta entonces porque era yo un ser incompleto, a pesar de que frecuentemente oía murmurar algo parecido'",—decía con acento en que se escuchaba el vuelo tembloroso de días felices y para él, ya muy distantes. "Yo veía entonces porque mi madre ponía una luz en mi camino. Al través de sus palabras comprendía el mundo; al través de sus caricias comprendía a Dios. En las páginas de la historia de Grecia, Francia, Bélgica, Polonia y otras naciones, que ella me leía, aprendí a admirar el heroísmo e imaginé cómo es de grato el vino de la gloria. En las oraciones que desde niño me explicaba fué mi espíritu muy lejos, hasta allá en donde soplan vientos que llegan del Infinito. Era ella una antorcha que se extinguió... ya no sé cuándo ni dónde; sólo sé que desde entonces he vivido mucho tiempo, tal vez más de un siglo".

Lo acompañaba un niño de diez años. Era su lazarillo y uno de los tres seres que más amaba. El otro era su perro, que lo observaba, atenta y dulcemente, como si quisiera hundir y prestar su mirada viva a la mirada muerta de su dueño, cuando éste le hablaba, cordialmente, de tántas cosas idas. A veces yo pensaba que se comprendían. Y así debe haber sido: sus corazones hablaban el lenguaje mudo y elocuente del cariño. El tercero, que para los extraños era apenas un objeto, para él era un ser querido: hermano, confidente y vocero, escuchaba, traducía y musicalizaba lo que el desventurado llevaba en el alma. "Cuando muera me iré abrazado a mi violín, y me sentiré acompañado en la infinita soledad de la tumba",—decía, refiriéndose a su armonioso compañero.

Conocía a los hombres mejor que muchos que tienen ojos y no ven. Sabía que las multitudes sórdidas, adheridas a intereses mezquinos, son incapaces de comprender cuánto de grande hay en ciertas almas, como de admirar el milagro de los mundos surcando el infinito. Los ciegos son,

Lámpara de oro alumbrando entre las sombras...

(En el *Rep. Amer.*)

frecuentemente, meditativos; no se extienden en el aspecto multiforme de las cosas y, mirando para dentro, ahondan ciertos aspectos de la vida. "Si es uno sólo el barro humano—se preguntaba ansiosamente,—por qué ese antagonismo siniestro, que no explican las enfermedades o la herencia, el ambiente físico o el moral, entre miembros de una familia? Por qué son representantes de la especie humana los genios, los héroes y los santos y, también, los imbéciles, los egoístas y los criminales? Pasteur, Abraham Lincoln y Francisco, el soñador de Asís, que levantaron lo humano hasta convertirlo en divino, ¿no fueron por ventura hermanos de los que ahora integran la Gestapo, que hacen descender al hombre más bajo que las fieras? Y, actualizando el sombrío interrogante, frente al totalitarismo feroz e insolente, asesinando a pueblos indefensos e iluminados por la gloria en el decurso de los siglos, exclamaba: "No veo; pero escucho, allende los mares, el graznar de los cuervos que llevan carne heroica en las garras." La persecución milenaria de los judíos, ahora intensificada por los nazi-fascistas, era algo sombrío, obsesionante e insoluble para su purísimo concepto de justicia. Cuando se refería a los "cristianos" que tal hacen, formulaba esta frase amarga: No serán éstos los sepulcros blanqueados de que Jesús habló? Y con acento inspirado y profético, agregaba: La redención del pueblo de Israel... ya está cerca!

Era un artista de verdad. La noche lo vistió de luto; pero dejó en el fondo de su alma el fulgor de los astros. Rasgueando las cuerdas de su violín recorría todo el pentagrama del sentimiento, convirtiendo en ondas de armonía la amargura que llevaba en el alma. Escuchándolo se pensaba que una bandada de alondras batía sus alas bajo aquel techo, cuajándolo de trinos. Y en el pálido rostro del artista; en su luenga y alborotada cabellera; en la sonrisa que pasaba, iluminándolo, se sentía la llama que, en magnífica lámpara de oro, ardía en aquel doliente y generoso espíritu. Y se creía sorprender a la espalda de aquel hijo de la noche, un resplandor tocado de misterio con lineamientos de cruz o de alas.

El niño, a quien ocultaba sus pesares, contaba que en ocasiones se reía; pero, agregaba pensativo: Yo no sé en realidad si ríe o llora en semejantes casos. Si la curiosidad infantil, que abisma en profundas meditaciones hasta a los sabios, le preguntaba "si la muerte era buena o mala", él, cordialmente, respondía: "Es mala para muchos que no la entienden; es buena para los pensadores y los justos, que la entienden bien; a ti te devolvería el par de alas que perdiste hace poco, cuando viniste al mundo; a mí me daría lo que la vida ingrata me negó... porque ¿sabes? yo veré más allá de la tumba y conoceré a mi madre"!

Una fría mañana de diciembre besaba el niño el rostro pálido del ciego y le rogaba, sollozando, que contestara a su llamado. El perro, con las manos en el borde del lecho y el hocico en alto, desgarraba el silencio de aquel barrio, tranquilo y solitario, con el dolor de sus aullidos. Inmóvil, yerto, el violín bien amado entre sus brazos, yacía el artista. Estaba mudo, mudo para siempre. En cambio, veía, realizando así su más hermoso y adorado sueño, el que la vida ingrata le negó; veía a su madre, allá en el cielo. Era por eso que había en sus ojos una lágrima, amarga como la existencia que dejaba, y aleteaba, gloriosa, una sonrisa en sus labios de muerto saludando la aurora de ultratumba.

V. MEJÍA COLINDRES

San José, Costa Rica, octubre de 1941.

Ecos y comentarios

(Envío del Prof. *Rafael Salas M.*)

La Prensa Libre ha dado cuenta, en nota rápida, de los festejos que se organizaron en la vecina República de Nicaragua, con motivo del regreso de Rubén Darío a su tierra natal. Desde principios de este año se halla enfermo de cuidado, a consecuencia de una grave pulmonía que contrajo en Nueva York, en donde, apenas comenzando a restablecer de la aguda dolencia que lo llevó cerca de las fronteras de la muerte, recibió este año la visita del pulcro prosista y distinguido diplomático don Joaquín Méndez, Ministro de Guatemala en Washington, quien, por encargo del Gobernante de su país, señor Estrada, le invitó a continuar su convalecencia en la capital guatemalteca, como huésped de honor de la República, a fin de rodearle de las atenciones necesarias y de estimular su delicado organismo con el suave aliento de las brisas vigorizantes del trópico, en un hogar fraternal.

El poeta aceptó con honda gratitud la gentil oferta y estuvo en la antigua metrópoli centroamericana desde mayo hasta fines de noviembre de este año, saliendo luego para León en compañía de su señora esposa doña Rosario Murillo de Darío y allí espera recuperar totalmente la salud para seguir en su proyectado viaje a la Argentina, su segunda patria, con el objeto de radicarse en Buenos Aires hasta la terminación de la guerra europea, pues en aquella gran capital, en donde se le estima en lo que vale, tiene asiento propio y vitalicio en la redacción del magno diario *La Nación*, baluarte de sus mas esforzadas y fecundas campañas literarias.

Los costarricenses tenemos un motivo especial de afecto hacia ese privilegio amante de las musas; y es el cariño indestructible que conserva por nuestra tierra, en la que vivió en los años de 1891 a 1892, hallándose en pleno ardor de la juventud, en toda la fuerza maravillosa de su ascencionismo lírico, que dejó muestras señaladas en las columnas de nuestros diarios de entonces, que se disputaban con justicia las cuartillas de su pluma de oro. Sus cantos a la mujer costarricense —y esa es nuestra fibra sensible—todavía no han

y la voz voluntad y los pulsos coraje,
y el ritmo de marcha continuo adelante,
Cada Hombre está luchando contra el mundo burgués,
—no importa sus alianzas momentáneas y pérfidas—
por su honor de ser libres, por su hombredad verídica,
por su misma condición de dignidad humana,
por su mismo orgullo de prestigiar la Vida.
Por eso, principios esenciales geológicos de América,
detened vuestros ímpetus, empináos adentro de vuestra vida erecta,
y asombráos del brío soviético blindado
de fe galvanizada con convicción humana.

Vitalidad de América que vivís en lo Indio,
haced lo que Lenin cuyo espíritu conduce
a su Pueblo en la forja de su viril defensa
de la cuna y oriente de la honradez fraterna.

Aquí junto a los tótems de la ternura indiana,
estamos con vosotros obreros y mujeres,
campesinos soldados del Ejército Rojo!
En la aorta más grande fomentamos la tierra
que sostiene y que nutre, perenniza y refulge
la Revolución de Octubre!

Adelante, compañeros,
que ya luchar es vencer!

G. HUMBERTO MATA

Cuenca, Ecuador, S. Am., agosto 25-1941.

—o—

El llamado

Centro América!,
garganta del Continente,
propicia al grito unánime
de libertad y unión.
Centro América,
zona de rebeliones,
altar de sacrificios callados,
nudo vital del porvenir.

Estoy sola y temblando porque voy a cantarte.
Voy a decir la pena sin gemido
que a tus pueblos embarga.
Voy a dar grandes voces para que todos oigan
y acudan a ver llanto,
y acudan a ver sangre...

Allá están los maestros *expulsados del aula,*
condenados sin juicio,
prohibida su tutela para la juventud.
Allá están los esclavos de la Costa del Norte,
víctimas del banano y de la sigatoca,
y quizás en principio de la United Fruit.
Allá en tu seno, Centro América,
están clamando venganza
los que viven el infierno
del mineral de San Juan.
Y aquellos pobres indios
que caminan en recuas, como bestias,
y que comen solamente
chile y sal.
Bajan de la Cordillera
voces de airada protesta,
contra las manos para siempre manchadas
por una doble traición;
contra las manos vendidas
al invasor.
Los vampiros del pueblo chupan la sangre
[y sonríen
con estúpida crueldad.
Signos imperialistas coronan
la más alta cima, dominando con orgullo
mares y Continente.

Centro América,
lugar de proscripción de la Verdad.
Centro América,
en tu seno se coronan de hojalata
reyes de carnaval.

Venid todos a oír:
Es mi voz que denuncia la infamia
y exige castigo.
El valor no esta muerto,
vive la libertad, no importa el sacrificio.
Compañeros en el dolor y en el anhelo!,
Por una América fuerte,
Por la Humanidad entera,
Es hora de luchar hasta vencer.

AMPARO CASAMALHUAPA

México, D. F., 9 de agosto de 1940.

Clima de acción

Tú que trabajas,
abre los ojos y apréstate a la lucha.
La llama de la guerra incendia
pueblos enteros;
mutila sin piedad la infancia
que se levanta,
y escribe interrogaciones en cada día que empieza.

Mezquina ración de pan se amasa
para comer;
y las armas se fabrican sin límite
ni razón.

Tú que trabajas,
contesta:

Quiénes *comen poco*
y quiénes *mueren mucho?...*

Clima de acción es éste,
forjador de conciencias;
hace transparente
la hipócrita cortina de la conveniencia
y pregunta:
Quién atesora fortunas y goza la vida
en esta hora de gritos, de sangre
y desolación?
Quiénes tiemblan en el campo, huyendo
de la ciudad?
Qué daño tan sin medida hizo la mujer
y el niño,
y el anciano sin porvenir?

Tú que trabajas,
pon el oído en la tierra y escucha:
Quiénes lloran de rabia y claman
Justicia?
Son voces enlutadas de la mártir España,
voces de la China,
de Abisinia y la India.
Llaman de día y de noche,
desde una cárcel común.

Tú que trabajas y sufres:
No sientes el eco
De la guerra tremenda en tu pecho?

No te sientes llamado a luchar?

AMPARO CASAMALHUAPA

México, D. F., 14 de febrero de 1940.

Era un ciego a quien había ennoblecido la desgracia. Uno de tantos de la ignorada legión heroica. Transitaba diariamente por esas calles de Dios, vendiendo billetes de lotería, sin importarle las inclemencias del tiempo ni sus propios achaques; atendía los menesteres de su casa; arrancaba a su violín conmovedoras y exquisitas melodías; callaba sus penas y ponía oído atento a las extrañas, deslizando, furtivamente, una moneda en manos que no necesitaban extenderse, suplicándole. A quienes le observaban semejante prodigalidad, les respondía: Lo poco que me sobra no es mío; pertenece a los que sufren más que yo... porque no pueden trabajar.

Para él la ceguera solamente comenzó al principiar su juventud, cuando murió su madre. "No entendía hasta entonces porque era yo un ser incompleto, a pesar de que frecuentemente oía murmurar algo parecido",—decía con acento en que se escuchaba el vuelo tembloroso de días felices y para él, ya muy distantes. "Yo veía entonces porque mi madre ponía una luz en mi camino. Al través de sus palabras comprendía el mundo; al través de sus caricias comprendía a Dios. En las páginas de la historia de Grecia, Francia, Bélgica, Polonia y otras naciones, que ella me leía, aprendí a admirar el heroísmo e imaginé cómo es de grato el vino de la gloria. En las oraciones que desde niño me explicaba fué mi espíritu muy lejos, hasta allá en donde soplan vientos que llegan del Infinito. Era ella una antorcha que se extinguió... ya no sé cuándo ni dónde; sólo sé que desde entonces he vivido mucho tiempo, tal vez más de un siglo".

Lo acompañaba un niño de diez años. Era su lazarillo y uno de los tres seres que más amaba. El otro era su perro, que lo observaba, atenta y dulcemente, como si quisiera hundir y prestar su mirada viva a la mirada muerta de su dueño, cuando éste le hablaba, cordialmente, de tántas cosas idas. A veces yo pensaba que se comprendían. Y así debe haber sido: sus corazones hablaban el lenguaje mudo y elocuente del cariño. El tercero, que para los extraños era apenas un objeto, para él era un ser querido: hermano, confidente y vocero, escuchaba, traducía y musicalizaba lo que el desventurado llevaba en el alma. "Cuando muera me iré abrazado a mi violín, y me sentiré acompañado en la infinita soledad de la tumba",—decía, refiriéndose a su armonioso compañero.

Conocía a los hombres mejor que muchos que tienen ojos y no ven. Sabía que las multitudes sórdidas, adheridas a intereses mezquinos, son incapaces de comprender cuánto de grande hay en ciertas almas, como de admirar el milagro de los mundos surcando el infinito. Los ciegos son,

Lámpara de oro alumbrando entre las sombras...

(En el *Rep. Amer.*)

frecuentemente, meditativos; no se extienden en el aspecto multiforme de las cosas y, mirando para dentro, ahondan ciertos aspectos de la vida. "Si es uno sólo el barro humano—se preguntaba ansiosamente,—por qué ese antagonismo siniestro, que no explican las enfermedades o la herencia, el ambiente físico o el moral, entre miembros de una familia? Por qué son representantes de la especie humana los genios, los héroes y los santos y, también, los imbéciles, los egoístas y los criminales? Pasteur, Abraham Lincoln y Francisco, el soñador de Asís, que levantaron lo humano hasta convertirlo en divino, ¿no fueron por ventura hermanos de los que ahora integran la Gestapo, que hacen descender al hombre más bajo que las fieras? Y, actualizando el sombrío interrogante, frente al totalitarismo feroz e insolente, asesinando a pueblos indefensos e iluminados por la gloria en el decurso de los siglos, exclamaba: "No veo; pero escucho, allende los mares, el graznar de los cuervos que llevan carne heroica en las garras." La persecución milenaria de los judíos, ahora intensificada por los nazi-fascistas, era algo sombrío, obsesionante e insoluble para su purísimo concepto de justicia. Cuando se refería a los "cristianos" que tal hacen, formulaba esta frase amarga: No serán éstos los sepulcros blanqueados de que Jesús habló? Y con acento inspirado y profético, agregaba: La redención del pueblo de Israel... ya está cerca!

Era un artista de verdad. La noche lo vistió de luto; pero dejó en el fondo de su alma el fulgor de los astros. Rasgueando las cuerdas de su violín recorría todo el pentagrama del sentimiento, convirtiendo en ondas de armonía la amargura que llevaba en el alma. Escuchándolo se pensaba que una bandada de alondras batía sus alas bajo aquel techo, cuajándolo de trinos. Y en el pálido rostro del artista; en su luenga y alborotada cabellera; en la sonrisa que pasaba, iluminándolo, se sentía la llama que, en magnífica lámpara de oro, ardía en aquel doliente y generoso espíritu. Y se creía sorprender a la espalda de aquel hijo de la noche, un resplandor tocado de misterio con lineamientos de cruz o de alas.

El niño, a quien ocultaba sus pesares, contaba que en ocasiones se reía; pero, agregaba pensativo: Yo no sé en realidad si ríe o llora en semejantes casos. Si la curiosidad infantil, que abisma en profundas meditaciones hasta a los sabios, le preguntaba "si la muerte era buena o mala", él, cordialmente, respondía: "Es mala para muchos que no la entienden; es buena para los pensadores y los justos, que la entienden bien; a ti te devolvería el par de alas que perdiste hace poco, cuando viniste al mundo; a mí me daría lo que la vida ingrata me negó... porque ¿sabes? yo veré más allá de la tumba y conoceré a mi madre"!

Una fría mañana de diciembre besaba el niño el rostro pálido del ciego y le rogaba, sollozando, que contestara a su llamado. El perro, con las manos en el borde del lecho y el hocico en alto, desgarraba el silencio de aquel barrio, tranquilo y solitario, con el dolor de sus aullidos. Inmóvil, yerto, el violín bien amado entre sus brazos, yacía el artista. Estaba mudo, mudo para siempre. En cambio, veía, realizando así su más hermoso y adorado sueño, el que la vida ingrata le negó; veía a su madre, allá en el cielo. Era por eso que había en sus ojos una lágrima, amarga como la existencia que dejaba, y aleteaba, gloriosa, una sonrisa en sus labios de muerto saludando la aurora de ultratumba.

V. Mejía Colindres

San José, Costa Rica, octubre de 1941.

Ecos y comentarios

(Envío del Prof. *Rafael Salas M.*)

La Prensa Libre ha dado cuenta, en nota rápida, de los festejos que se organizaron en la vecina República de Nicaragua, con motivo del regreso de Rubén Darío a su tierra natal. Desde principios de este año se halla enfermo de cuidado, a consecuencia de una grave pulmonía que contrajo en Nueva York, en donde, apenas comenzando a restablecer de la aguda dolencia que lo llevó cerca de las fronteras de la muerte, recibió este año la visita del pulcro prosista y distinguido diplomático don Joaquín Méndez, Ministro de Guatemala en Washington, quien, por encargo del Gobernante de su país, señor Estrada, le invitó a continuar su convalecencia en la capital guatemalteca, como huésped de honor de la República, a fin de rodearle de las atenciones necesarias y de estimular su delicado organismo con el suave aliento de las brisas vigorizantes del trópico, en un hogar fraternal.

El poeta aceptó con honda gratitud la gentil oferta y estuvo en la antigua metrópoli centroamericana desde mayo hasta fines de noviembre de este año, saliendo luego para León en compañía de su señora esposa doña Rosario Murillo de Darío y allí espera recuperar totalmente la salud para seguir en su proyectado viaje a la Argentina, su segunda patria, con el objeto de radicarse en Buenos Aires hasta la terminación de la guerra europea, pues en aquella gran capital, en donde se le estima en lo que vale, tiene asiento propio y vitalicio en la redacción del magno diario *La Nación*, baluarte de sus mas esforzadas y fecundas campañas literarias.

Los costarricenses tenemos un motivo especial de afecto hacia ese privilegio amante de las musas; y es el cariño indestructible que conserva por nuestra tierra, en la que vivió en los años de 1891 a 1892, hallándose en pleno ardor de la juventud, en toda la fuerza maravillosa de su ascencionismo lírico, que dejó muestras señaladas en las columnas de nuestros diarios de entonces, que se disputaban con justicia las cuartillas de su pluma de oro. Sus cantos a la mujer costarricense —y esa es nuestra fibra sensible—todavía no han

sido superados por ninguno de nuestros huéspedes.

Fuera de esto, Rubén Darío es una gloria continental, uno de los más legítimos orgullos de las letras castellanas de la época; y como centroamericano, y como admirador de Costa Rica, y como hijo predilecto de Apolo, su figura no puede sernos en ningún momento indiferente.

Por eso celebramos la noticia de los homenajes con que se le ha distinguido por todas las clases sociales nicaragüenses, al volver a la vieja cuna patriarcal en que discurrieran sus primeros años juveniles y en la que rescatará, para servicio de las altas ideas del pensamiento, el inapreciable tesoro de la salud perdida en sus largos y lejanos vuelos de ruiseñor de las cosmopolitas florestas humanas.

* * *

Es un bello espíritu el de este portalira radiante que en los últimos treinta años se ha coronado, como un helénico efebo de las edades de Pan, con las más frescas y esponjadas rosas del jardín de la poesía. Conforme se aleja de su bruñido esquife de soñador el eco ronco de las luchas ingratas, se destaca más límpida y etérea su personalidad astral, de pie sobre las aguas llanas del idealismo, que surcan sus cisnes conductores serenamente, mientras la gloria deshoja en silencio a su paso los más verdes e inmarcecibles laureles.

En su alma llena de profundas agitaciones, cáliz de perenne efervescencia mental, se opera una transformación sutilísima que va a conducirle a la encantada gruta de un nuevo númen que ya imprime a su palabra y a su verso un nuevo resplandor. "Siento en mí—nos decía hace poco en confidencia íntima—una indomable tendencia a la sencillez absoluta. Mi corazón se pacifica; mi sentimentalismo—grave y triste enfermedad de mi vida—se purifica y se exalta; el amor a la paz besa las heridas que llevo abiertas y me muestra ignorados y supremos caminos de sensación y de ideación. Estoy en un reino tranquilo; me comprendo mejor, comprendo mejor la existencia, me explico muchos enigmas de antes, como si leyese su clave en el misterio apocalipsis.

¿Es que me hago viejo? ¿Es que ya se fué la juventud, divino tesoro, para siempre, para no volver? La fé está en mí; creo, oro, espero; no ha muerto mi amor a la vida. Siempre sigue habiendo flores en mi mesa; y las claras musas no remontan aún el vuelo..."

* * *

Rubén Darío nos mostró en el ágape fraterno, sus versos inéditos, llamándonos la atención hacia las innovaciones de su técnica, que son ya, como si dijéramos, la concreción diamantina de toda su potencialidad estética, de su inagotable idealismo y de su gran lírica magistral. En Madrid se hace ahora, por una casa que honra el culto de las artes gráficas, la edición definitiva de sus obras poéticas: *Canto a la Argentina y otros poemas; Muy siglo XVIII; Muy antiguo y muy moderno; Y una sed de ilusiones infinita...* de ellas han llegado a nuestras librerías los dos tomos primeros.

Pero cuando nos venga, dentro de uno, dentro de dos años, su canción actual; cuando circule de mano en mano el florilegio de su etapa de serenidad blanca y pura, en que ahora se sume como en un baño lustral de infinito, habrá dado Rubén Darío al mundo hispano las mas altas cadencias y quizá las más finas vibraciones de su mentalidad y de su espíritu, agregando a la admiración legítimamente adquirida las palmas de la justicia, reverdecidas en el búcaro de los bien puestos corazones que, en nuestra era de hirsuto materialismo, todavía se nutren en los dulces mares del ensueño y del supremo amor.

Alguna vez diremos algunas frases sobre la interesante psicología y sobre la verdadera y, a nuestro juicio, excelsa personalidad moral de este príncipe del ingenio, de este amable cantor, de este auténtico apolonida que en muchos de los más importantes aspectos de su semblanza real, ha sido tan pésimamente juzgado por sus críticos y tan mal comprendido por muchos de los que, sin examinarle a fondo, sin pasar de la superficie de su figura intelectual, se hacen el honor de llamarse sus imitadores y discípulos, desfigurando la verdadera y legítima belleza de su alma, toda unción y selección.

Ahora acaba de morir en París el formidable humanista Remy de Gourmont, uno de sus grandes amigos del país de Francia, magno espíritu comprensivo que al tramontar la curva indefinible le deja un mundo de gratos recuerdos. El poeta le ha hecho al filósofo, de seguro, en el albor de su capilla mística, dolientes funerales secretos. Y seguirán siendo hermanos, unidos en el misterio.

STRIX

Dicbre. de 1915.

Con este pseudónimo, en el diario La Información, *firmaba la columna*: Ecos y Comentarios, *el finado y buen periodista costarricense Guillermo Vargas Calvo.*

Violines y cañones

(De *Alma Latina*, San Juan de Puerto Rico, 26-VII-41).

Cierta vez me acerqué al Gemüth alemán, definido por Camille Mauclair como "ese algo incomunicable que se expresa con una palabra intraductible y cuyo reverso es el Stimmung o energía interior". Me descalcé ante el Gemüth, digo, hallándome en una sala de cinematógrafo y mientras se proyectaba una cinta sonora en colores.

En aquel entonces, la Orquesta Sinfónica de Londres nos hacía pensar en un mundo "donde el sol es fuego y el viento de llamas", aunque sin acento de Sahara, sin rigidez altiva de arenas bravas; mas bien en un mundo majestuoso y llorante, cuyo estremecimiento me hizo pensar en el despertar de la Vida o en el primer asesinato de la Muerte.

No sé; lo cierto es que, estando en aquella sala de cinematógrafo, se nos ofreció a la vista el rastro de una incursión aérea alemana sobre Londres, Varona de Dolores y Corazón del Mundo. Surgieron a la vista, proyectadas por manos de gigantes, las arquitecturas demolidas a golpe de iracundia; paredes bramantes, calles revolcándose en ira santa; piedras, muchas piedras, como si fuesen los puntos suspensivos del soñado Juicio Final...

Y en medio de todo eso que mete miedo a las "florecillas azules", una voz, la voz del divino monstruo musical Beethoven, alzándose sobre las llamas más altas, como un "trueno de oro". ¿Beethoven? ¿El *ario* Beethoven, el ciclón musical de la Germania de Heine? ¡Beethoven! No el *persa* (los déspotas *arios* comenzaron en Persia mucho antes de la Era Cristiana); Beethoven, el ciclón musical de la Germania de Heine; Beethoven, aquel que sentía en el corazón lo que no escuchaba en el oído, el que tenía tapia en los oídos y Amor de arpas madrugadoras en la desgarradura del corazón... En medio del hervor de la Vida y el fogonazo de la Muerte, la voz de Beethoven lloraba, gemía, deliraba, maldecía, se retorcía rugiendo: lloraba por los alemanes, cuyo negro destino se aproxima a tranco largo; gemía por los niños ingleses, por las mujeres inglesas, por los ancianos ingleses, víctimas de la barbarie que tiene suavidad de guante de seda en las polainas y refinamiento de asesino en los panzers; deliraba ante su propia desesperación de siglos; maldecía la hora en que las entrañas del hombre concibieron el deseo de hacer el brindis de la sangre; y se retorcía caldeado por el Dolor de no poder aplacar el hambre de la llama con la tempestad de su música polimorfa...

El Gemüth alemán, lo incomunicable, lo intraducible, forzó el paso, y surgió ante mí, tal una visión, lo comunicable, lo traducible. Vi a Beethoven, doloroso y profundo bajo el destello de sus cabellos tumultuosos, convocando a todos los músicos del mundo y tomando su batuta maravillosa. Vi un continuo fluir de instrumentos musicales, sobre todo, violines brillantes, que producían oleajes de rumores infinitos y hacían un dique de música al ruido ensordecedor de los cañones. Vi la palpitación de lo Creado, la Substancia Inmanente desgarrándose los secretos filones, y vi a la misma Vida, a la Vida Suprema, lo incomunicable, lo intraducible, volcada en frutos milagrosos, como una entraña en trance de alumbramiento...

Calló la Orquesta Sinfónica de Londres y se produjo un silencio en que cabía la soledad azul del Infinito. Pero siguió vibrando por lo bajo en la misma raíz del alma, algo así como el galopar de una aurora nueva, realizada en virtud de los mejores, de los más puros, de los más sencillos, de los más hermosos. La aurora anticipada por el Sordo Sublime que escuchaba las detonaciones y quería despertar con sus incendios musicales la dormida conciencia del mundo.

GRACIANY MIRANDA ARCHILLA

Cartas al Ebro

La espuela y el imán

(Es copia. *Envío del autor.* México, D. F. México)

I

El tipo de hombre *terrible* aspira, amiga mía, a dominar el mundo, pero no lo conseguirá. Como en la celebre película, los apacibles cerditos acabarán por reírse de ese "lobo feroz" de la fauna política internacional. Que el tipo de *terrible* haya logrado algún éxito fulminante, no quiere decir que remate bien la faena. Quiere decir, precisamente, todo lo contrario. Las invasiones del Nilo, en lugar de destruir la zona en que irrumpen, la fertilizan.

Decimos "todo lo contrario", porque nunca la violencia llegó a conquistar hondamente nada. En cambio, obliga a reaccionar vivamente a pueblos que sólo así acertarían a alcanzar la cifra máxima de sus positivos valores. Y llegará el instante en que el *terrible* —cuya mejor arma es el miedo— en cuanto los pueblos adviertan lo que hay detrás del fantasmón, será recibido con una carcajada. El tipo de *terrible* forma parte de la política de gran espectáculo que suelen desarrollar las dictaduras. El *terrible* —falso héroe— se fomenta y se recría en esas épocas de enorme depresión en que un país no sabe qué hacer con el poder y lo aventura en manos de cualquiera. A quien —inmediatamente— se le afirma como enviado de los dioses...

II

Pero hay muchas especies de *terrible*. Enrique Mann habló de un *subterrible* espantoso, de cierto joven italiano, que lucía una testa de Medusa, una cabellera copiosa en la que se había intercalado algún *motivo* de selva virgen. Alguien le increpó:

—¿Dónde vas con ese pelo?

A lo que contestó el desmelenado:

—¡Es para ser más *terrible*!

Complicar un programa político con las artes cosméticas, sin duda nos parecerá una candidez. Pues esta actitud *espeluznante* es —además— una actitud servil e hipócrita. La de un *conformista*, porque se adopta la ferocidad de moda como se adopta una forma de pantalón o un estribillo zarzuelero. Con la diferencia de que el pantalón o el estribillo pueden adoptarlo los sabios sin dejar de serlo, pero la moda de *ser terrible* sólo puede adoptarla un imbécil. Sólo un imbécil puede resignarse a vivir detrás de un rostro de cartón, condenado a parece *terrible*, como el "lobo feroz" de los cerditos, sin derecho alguno a las modulaciones del pensamiento libre. Y, mucho menos, a las del sentimiento libre. Porque un *terrible* no puede tener corazón. ¿Cómo utilizar esa inútil víscera? La llama en que debiera arder, le brota *diabólicamente* por los ojos... ¡Infortunada vida, esta del hombre incapaz de sonreír, como no sea de un modo *terriblemente* sardónico! Antes, semejante calamidad sólo invadía —alguna vez— al falso artista, al histrión, a aquel furibundo *malo* de los viejos melodramas. Hoy ya invade el terreno de la alta política. ¿Qué deformación —provisional, pero dolorosa— es capaz de imprimir en la faz de cualquier pueblo un estado de cosas provocado por la acción de los hombres *terribles?* El problema es arduo. La fisonomía espiritual de un pueblo tiene sus índices de sensibilidad, de capacidad de opresión... Aun en cualquier viejo pueblo, de caracteres sólidamente fijos, el peligro alcanzaría descomunales proporciones.

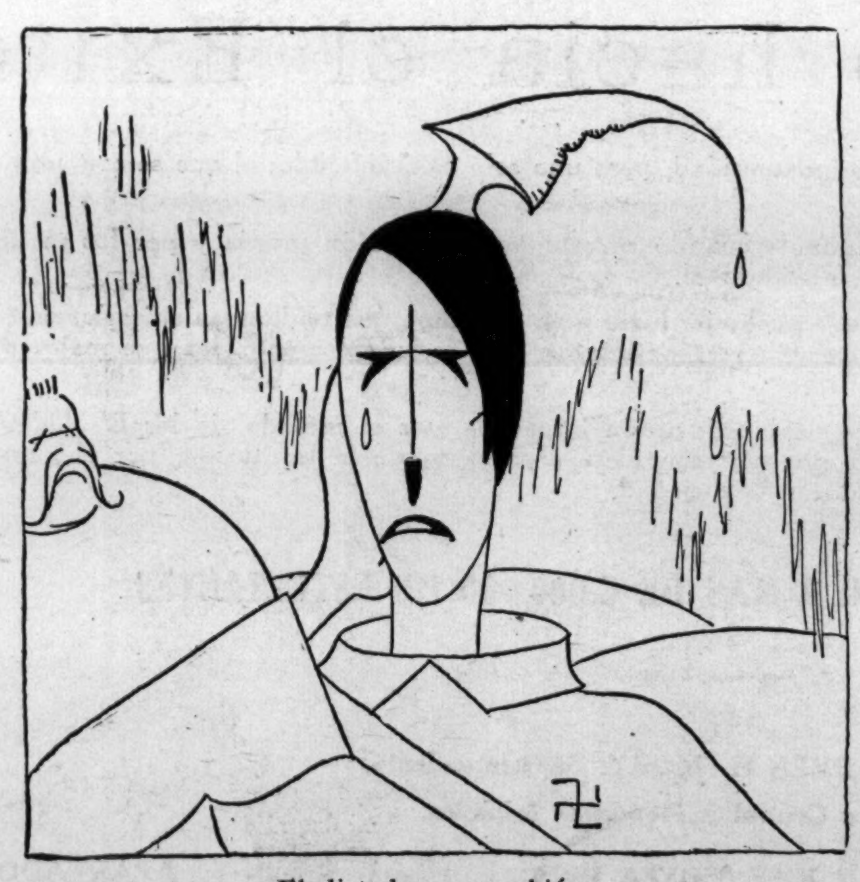
Pero confiemos en que las zonas risueñas de Europa seguirán sonriendo, cuando de ellas desaparezca el hombre *terrible*, como continuarán en su antigua serenidad las regiones más graves. Unas y otras conservarán algún precioso lote de humorismo, de zumbona reacción contra la pedantesca seriedad asnal de los *terribles*. Al histrión acaba por derrumbarlo su propio histrionismo. Su propia tizona imperial se le enreda entre las piernas... "Todo se puede hacer con las bayonetas —decía Talleyrand—, menos sentarse en ellas."

III

Lo *terrible*, lo que produce terror, dura mientras pasa. Lo placentero, lo que produce un deleite, persiste en el recuerdo, incitándonos a volver a sentirlo. He aquí la gran equivocación de los *terribles* de Europa, y de todos sus acólitos e imitadores: la de prescindir de la simpatía. Porque disponen de la fuerza bruta, desdeñan la única fuerza permanente, la del alma. En el mundo de los verdaderos hombres, donde la simpatía resulta ser el único desfiladero por donde llegar al prójimo, el *terrible* se presenta con todas las armas de la antipatía... La verdad es que no le interesa llegar al corazón de las gentes, sino dominarlas, ordenarlas en filas mudas, en la actitud de muñecos de uniforme que marchan a compás. Y este espectáculo de mecánica humana, bien sometido a ritmo, ¡qué difícil de conseguir en todo el mundo! De lograrlo, ¡con qué carácter de inestabilidad! ¡Qué prisa por volver a la fisonomía primitiva y auténtica!

Proclamemos la disciplina, pero suscitada por la atracción simpática. Bien está el imán, pero nunca la espuela. Sobre montones de cadáveres, sobre pueblos en ruinas, habrá podido la fauna invasora realizar muchas experiencias. Dolorosas para nosotros; dolorosas, también para ellos, que de tal modo se han ganado la execración de aquellos hombres para quienes el hombre —como tal— existe. Para quien el hombre existe como algo más precioso que un elemento mecánico a compás. Esos acartonados histriones del terror —de cualquier zona o especie— dominan hoy en el mundo, pero su derrumbamiento está muy próximo, tanto como lo está el cansancio del hombre de carne y hueso, la paciencia de ese hombre que en el prójimo aún continúa viendo a otro hombre. Llegará el día en que Alarico se convierta en Tartarín. Y aquel día ¿no estallará la carcajada *totalitaria?*

BENJAMÍN JARNÉS



El dictador que rabió

Hitler:—¡Ay de mí, ay de mí!

Si acabaré llorando, yo que siempre reí.

(Por *Bagaría*)

Cuándo será..?

El pueblo ruso se ha purificado y engrandecido en el crisol de esta terrible guerra. Deber de las democracias es no permitir el implacable militarismo germánico reduzca a la esclavitud y a la ignominia a ciento noventa millones de hombres. Destruída la tiranía hitleriana y libre el mundo de esta amenaza, Rusia conocerá una nueva era de prosperidad y de grandeza. El pueblo saldrá unido y fuerte de esta terrible prueba. En cambio, si las democracias siguen vacilando, no sólo para los rusos sino para los hombres todos, se hará una noche milenaria.

Empero, es un imposible moral y físico que Hitler pueda triunfar. Hendrik van Loon cree que el final de Hitler está cercano. Recuerda él una frase inmortal de Víctor Hugo acerca de Napoleón: "Cuando Dios se canse de él, Napoleón desaparecerá". En esta época de los prodigiosos inventos mecánicos, nos hemos olvidado de Dios. Ahora sólo hablamos de los hechos. Multitud de expertos y de técnicos nos dicen qué es lo que va a pasar. Y no consiguen acertar ni aun para un plazo de ocho días. Predicciones van y vienen. Y mientras tanto, Dios aguarda. Devanando el hilo de su eterna paciencia, Federico el Grande—recuerda Van Loon—afirmaba que las batallas las decidía en última instancia el general Azar. Federico era volteria-

(*Pasa a la pág.* 303).

Hitler y Rosas

Por Antonio Gallo

(En el Rep. Amer.)

No tema el lector que intente un paralelo tal vez imposible, por mucho que en algunos rasgos externos y en otros fundamentales exista cierta analogía entre ambos personajes o, mejor dicho, entre todos los dictadores. Las condiciones sociales y las circunstancias de tiempo y de lugar en que actúa el primero y en que vivió el segundo son enteramente distintas. Se trata, más sencillamente, de poner en evidencia el hilo conductor de un campaña de revisión y de reivindicación histórica emprendida por los admiradores del caudillo alemán y del tirano argentino.

En uno de los periódicos locales del nacionalsocialismo, el "teórico" que más se ha esforzado por razonar la adhesión de los totalitarios al régimen alemán, suscribió hace poco, con renovado servilismo ideológico, la afirmación de que Hitler es "el genio político del siglo XX". Quizá temoroso de que el panegírico, por excesivo, resultara contraproducente, agregó que *Mi Lucha* es un "tratado de ciencia práctica". Creyó oportuno defenderse anticipadamente con la aclaración de que no es partidario ni compatriota del "Führer", frente al cual se siente desarmada hasta la misma ironía. Juzgó oportuno citar la prevención de Hitler contra el ataque simultáneo en dos frentes (Gran Bretaña y Rusia), para demostrar la flexibilidad y talento diplomático del héroe de Munich. Sobre la oportunidad y capacidad de previsión del desinteresado admirador hablan los hechos de estos días, el ataque de Alemania a Rusia.

Hitler es la figura menos personal y más impersonal del mundo contemporáneo; capitán de oficiales desocupados; representante de comerciantes arruinados; agente de una oligarquía industrial dinámica y explosiva; enemigo mortal de los trabajadores organizados y del intelectualismo; la mística germana se la proporciona Rosenberg; la metodología política, Mussolini; la *originalidad* de su sistema, el antisemitismo y el racismo, procede del francés Gobineau y del inglés Chamberlain; su nacionalismo no es el de la propiedad nacionalizada, sino el de la nación sometida al monopolio privado; la desocupación la suprime mediante la distribución del hambre y las dificultades políticas mediante la centralización policial. Convertir todo esto en sistema puede constituir una hazaña, pero jamás una genialidad.

Su nacionalismo se convierte en internacionalismo a palos; la crisis económica la resuelve por el método clásico de los regímenes cuyas contradicciones amenazan estallar, esto es, mediante la creación de una economía de guerra y la agresión. Es un nacionalismo que viene a crear barreras nacionales en escala continental. Así como en el plano científico Hitler reemplaza la biología por la zoología, en el plano económico y político reemplaza un problema de producción y de mercados por un ultraimperialismo geográfico. Semejante *genialidad* se contradice con la historia, la economía y la geografía y está irremediablemente condenada al fracaso.

Pero cada época, cada régimen y cada movimiento tienen los héroes y los apologistas que se merecen. Así como la hechicería es la prehistoria de la ciencia y en medios atrasados campean el curanderismo y la brujería, en momentos de retroceso social campean los hombres y las ideas más absurdas. No es la primera vez que los admiradores de la genialidad dictatorial o totalitaria intentan la reivindicación de Rosas, confesión implícita de los crímenes del famoso restaurador. Si esta vez la tentativa adquiere mayor resonancia es a favor del pampero que sopla de Berlín, viento nada criollo por cierto. Los paladines de la campaña son los mismos antiimperialistas fraudalentos que sueñan con una evasión imposible de las leyes económicas del mercado mundial, sin llegar hasta las últimas consecuencias, proponiendo la sustitución total. Son los mismos políticos fracasados de todos los partidos tradicionales, son los mismos escritores y periodistas frustrados, incapaces de elevarse a una concepción general de la economía, de la política y de la historia. Los mismos redactores procaces de los periódicos de choque del nuevo orden nacionalsocialista. Los mismos mazorqueros de vocación, sin posibilidad de degüellos ni conquistas en gran escala y que, con tanta mayor razón, suspiran melancólicamente por la época rosista y ponen todos sus entusiasmos en las trágicas hazañas europeas de Hitler. De ahí la búsqueda afanosa del *antecedente* histórico-nacional. Rosas como ejemplo de totalitarismo argentino; la Sociedad Popular Restauradora como y La Mazorca como imágenes anticipadas de la Gestapo; la ojeriza rosista contra el gringo como justificación del nacionalismo xenófobo y de la zoología aplicada a los seres humanos. ¡Si la lógica de este nacionalismo es mala, la finalidad es clara!

El mismo *teórico* totalitario que reveló tanto entusiasmo por "la personalidad de Hitler", acaba de publicar una compilación de la correspondencia de Rosas, que primero se anunció aparecería con el pié de imprenta de la editorial *La Mazorca*. Se trata de una vida política de Juan Manuel de Rosas a través de la correspondencia. Es la sistematización de la campaña de revisión y reivindicación, la culminación de la serie de folletos que, si no tienen buenos argumentos, abundan en malos calificativos; la intentona más seria y orgánica y, por esto mismo, la que revela más debilidad y falsedad.

Rosas, descendiente de funcionarios, militares y estancieros; hombre de pocas lecturas y buena letra; ya muy joven, capataz de sus praientes los Anchorena; no participa, como los jóvenes de su tiempo, de la revolución de Mayo; monopolista de estancias y saladeros, socio de Dorrego, Terrero y los Anchorena; es el primer hacendado agricultor y, no obstante, no tiene nada de técnico agropecuario, como lo revelan sus *Instrucciones* de excelente administrador y propietario. Hombre para quien los intelectuales y políticos son "literatos, papelistas y tinterillos," pero que los tiene a su servicio; que no cree mística ni profundamente en nada, para quien la religión no es nada más ni nada menos que chaleco de fuerza espiritual y el jefe militar mero déspota político, ambos *recursos* para meter en cintura a los "ladrones, vagos, salteadores, incógnitos, perturbadores y todos los que hoy son el azote de las propiedades de los hacendados," esto es, de los gauchos convertidos en matreros por falta de medios de vida.

Rosas, *amigo* de negros, troperos, indios y capataces, gobernador de "facultades extraordinarias", que viene a imponer el tan mentado orden y las leyes porque es *hombre de vínculos poderosos y halla interés personal en la utilidad pública*, que "desde el principio", según confiesa, comprendió que el error de Ravadavia y Agüero fué el desprecio "a los hombres de las clases bajas", que se hizo gaucho y habló como ellos "para contenerlos y dirigirlos", que destruyó su condición de gauchos y los convirtió en peones y finalmente contribuyó a aniquilarlos. Rosas, que "cuando consiguió hacerse todopoderoso con ayuda de aquellos— como cuenta Hudson— a quienes tanto debía", hasta "los privó de su entretenimiento favorito", el juego del pato; que ordena "castigar irremisiblemente" a todo "el que



en lo mínimo cometiese un acto de insubordinación o atacase la propiedad de algún vecino".

Rosas, que razona clara y concientemente su animadversión a la revolución de Mayo, porque "...los bienes de la asociación han ido sensiblemente desapareciendo, desde que nos hemos declarado independientes: todo, menos derecho y civilización se encuentra en la campaña..." "Los tiempos actuales no son los de quietud y de tranquilidad que precedieron al 25 de mayo.. porque la subordinación estaba bien puesta..." Que colaboró en la concertación del pacto de la estancia de Benegas, "olvidándose el propósito de libertar la Banda Oriental", colaboración que "infirió grave daño a los intereses de la nación", según dice el propio compilador. Que pide al jefe de la escuadra francesa que intervenga en contra de sus enemigos unitarios y que "la escuadra nacional tomada a los insurrectos no sea devuelta". Que en los mensajes del primer gobierno solo dedica *dos líneas* a instrucción pública y, a lo sumo, *nueve*, para anunciar que se ha suprimido la dotación de preceptores de educación primaria.

Rosas, que en 1831 fracasa en la organización de la nación, ya jefe de caudillos y sometidos los unitarios, porque defienden las rentas del puerto y de la aduana de Buenos Aires a expensas de la producción del interior, que monopoliza la propiedad de las tierras, la producción y la exportación, el abasto de la carne a la ciudad, que coloca su tasajo en Estados Unidos, Brasil y Cuba y no le importa, por tanto, que el azúcar y el aguardiente de Cuba y Brasil desplacen a los Corrientes y otras provincias. Que por eso mismo— como no depende del comercio de importación ni del mercado europeo— se presenta como nacionalista frente a Inglaterra y Francia, aunque contrata empréstitos y realiza grandes negocios de tierras con capitalistas y comerciantes de esos países y termina ofreciendo las Malvinas en pago de la deuda nacional... Que convirtió la enfiteusis colonizadora en medio de robo de las tierras públicas para una oligarquía de hacendados y estancieros e impidió el desarrollo del mercado interno y retrasó en toda una época histórica—la del desenvolvimiento industrial —a la República Argentina. Rosas, que entrega 30.146 cabezas de ganado en compromiso de solución política, cabezas en gran gran parte ajenas, y hace el gran negocio porque monopoliza los saladeros y la comercialización.

El hombre que jura "yo moriré o dejaré al país libre de tiranos" y pronuncia una alocución en homenaje a Dorrego doliéndose de su muerte, cuando pocos meses antes del fusilamiento le escribe a Juan Antonio Lavalleja: "Dorrego es un loco e incompetente para dirigir los destinos de la provincia y la obra más meritoria que el ejército nacional podría hacer, después de obtener tanta gloria en la última campaña contra los brasileños, sería derribarle de su puesto. Por consiguiente le advierto a usted que obre con estas miras, bajo la seguridad de que yo cooperaré para secundarlas". El federal que implantó la centralización a degüello y sin embargo no realizó la unidad nacional y se convierte en tirano sin cuento... ese Rosas es lógico que sea ídolo de los totalitarios de hoy.

Todo esto se encuentra en parte en la complicación de Irazusta, menos las omisiones como la carta a Lavelleaja y la interpretación somera del origen económico de su política. En la justificación a todo trance, literal, curialesca, sin imaginación ni vuelo históricos, la revisión y la reivindicación se quedan en agraz. ¡Ahora resulta que los revisionistas omiten documentos y no consiguen presentar otro Rosas que el conocido! La rectificación de la imagen de Rosas que nos ofrecen los totalitarios de hoy es una mera justificación. No llega siquiera a ser explicación. Es hagiografía beata pero no interpretación histórica a la luz de los hechos sociales concatenados con rigor científico.

Es treta política para introducir de contrabando el totalitarismo germano. Y Rosas es el héroe que ese movimiento merece y necesita. No hay otro, no puede ser otro sino Rosas.

A. G.

Bs. Aires, 7 de julio de 1941.

Testimonios

San José, 25 de setiembre de 1941.
A don Joaquín García Monge

Muy estimado amigo:

Desde hace días busco la manera de felicitar a Ud. por la nueva forma de colaboración con que abrillanta ahora don Roberto Brenes Mesén las páginas de "Repertorio". Se cuentan hoy con los dedos de una mano los buenos escritores en América, y entre ellos está nuestro ilustre compatriota.

Los grandes hombres, cualesquiera que sean sus disposiciones mentales—políticas, artísticas o científicas—no piden más que libertad para desarrollarse y llegar a la alta posición hacia la cual los empuja su personal naturaleza. Llegados a la altura, imponen a la admiración de los justos sus talentos y sus virtudes. Sin sentirlo, se dan ellos en beneficio de todos, con la mayor placidez, la placidez que resulta siempre que la actividad se realiza en armonía con las capacidades que se poseen.

Lo triste del momento actual en América, de un extremo al otro, es que sus gobernantes han caído en el socialismo. Nada vale la dolorosa experiencia de Europa para gentes sin luces, audaces y envanecidas.

Afmo.

Elías Jiménez Rojas

—o—

Carta de Haya de la Torre al Ingeniero Medina Planas

Con un retraso excesivo, motivado por las contingencias de la censura y la persecución política que existen en el Perú, he recibido, sólo ayer, la emocionante carta del 12 de abril último. Y me apresuro a contestarla, lamentando esta tardanza, con el testimonio más cordial de mi simpatía y solidaridad con el mismo ideal de indoamericanismo y democracia que inspira el mensaje.

Me alegra infinitamente coincidir con el pensamiento y la acción de Uds. y del distinguido Doctor Angel Zúñiga Huete en favor de la afirmación y defensa de los ideales democráticos que es imperioso mantener en Indoamérica contra los totalitarios criollos, tan peligrosos para la unidad continental como para la existencia efectiva de los derechos humanos y cívicos en nuestra gran Nación de veinte Estados. Y considero que es ésta la hora decisiva para nuestros pueblos en que urge que todos sus ciudadanos se unan en la cruzada común de proclamar tenazmente los postulados de solidaridad y democracia en cada uno de nuestros países.

Conozco la situación de Honduras porque los apristas nos hemos impuesto el sagrado deber de informarnos de la realidad de todas las repúblicas que integran el vasto conjunto indoamericano. Y me preocupa el destino del pueblo hondureño porque considero que mientras existan tiranías como las que oprimen al Perú o al país de Uds., es obligación de todos los buenos hijos de Indoamérica, combatirlas como comunes enemigos de la seguridad y soberanía continentales.

La idea esbozada en mis declaraciones a la Agencia Columbia, publicadas en el Diario de Costa Rica, *sobre la creación de un comité de Naciones inter-americano, como tribunal de "intervención moral" contra el totalitarismo criollo, ha sido precisada en una tesis del Partido Aprista Peruano para la afirmación del* Inter-americanismo Democrático sin Imperio *concretado en un Plan de Defensa de la Democracia cuyo texto completo he pedido a mis compañeros apristas desterrados en Chile que les sea enviado. Ese plan que someto a la consideración de Uds. y cuya amplia publicidad considero necesaria para que sea conocido y discutido, condensa en doce puntos un programa de colaboración de ambas Américas en la obra de asegurar para todos nuestros pueblos la existencia de una auténtica fuerza ciudadana para el mantenimiento de nuestras libertades fundamentales. Aliento la esperanza de que Uds. me ayuden a su difusión a fin de coordinar en todo el Continente una acción invencible de opinión pública que sea capaz de derrotar en sus bases mismas a todas las dictaduras aupadas en los gobiernos de algunos países de Indoamérica.*

Me alegra inmensamente saberme unido a Uds. en la admiración por la obra ejemplarísima de nuestro ilustre García Monge, paradigma de vertical e insobornable idealismo indoamericano, y le ruego trasmitirle mis saludos con el que va para Uds. sincero y fervoroso.

Atentamente,

HAYA DE LA TORRE

—o—

La teoría electromagnética del sol frío de Araujo

Señor don Joaquín García Monge
Repertorio Americano.

Mi estimado amigo:

A propósito de una de nuestras conversaciones acerca de la teoría electromagnética del sol frío del Ing. Araujo de El Salvador, que ha suscitado no sólo dudas, sino hasta protestas para no decir rabietas de hombres de ciencia de este lado, me es grato enviarle una nota informativa de un hecho que acabo de encontrar en una colección de artículos del conocido hombre de América, *Domingo F. Sarmiento* y que entre sus Obras editadas en su patria, llevan el título general de *Ambas Américas.* El artículo a que me refiero se llama *El Año Nuevo* y está en la página 86. Hay allí un acápite dedicado a una teoría del sol. Dice: "En la reunión anterior el Profesor Pierce había dado una lectura sobre la composición del sol, aplicando una teoría nueva sobre la luz que emite, teoría que expondrá pronto en Washington. No emprenderé explicar lo que

ello es. Baste saber que el profesor Pierce, célebre matemático y astrónomo, parte de este hecho: *Si el sol fuese una ascua ardiendo, dado su tamaño y la cantidad de luz y calor que irradia sobre los planetas, en cuatro mil años se habría consumido.* La verdad es que en cuatro mil años de historia no se le ha notado disminución. Luego, no es fuego, y aquí entra su teoría que parece explicar el fenómeno."

Hay, pues, cierta coincidencia entre las teorías de Pierce y de Araujo. Como el astrónomo Pierce es sajón, seguro habrá que referirse a él con más consideración y respeto que a un modesto astrónomo u hombre de ciencia de nuestra América, y en consecuencia, la teoría, aun no siendo admisible para unos o para otros, está respaldada por hombre de prestigio científico indudable.

Le envío ese informe por simple curiosidad. Y ojalá le sirva.

Muy afectuosamente,

RÓMULO TOVAR

—o—

¿Qué hizo el Presidente Sarmiento?

"Dios le dé a Ud. salud firme para que pueda ver desarrollarse su obra. —¿Sabe Ud. lo que yo llamo su obra? Voy a contárselo. —Hace un mes que hablaba con un antiguo Gobernador de Mauricio, sobre el Río de la Plata, — y preguntándome el buen inglés qué había hecho Sarmiento? le contesté: —Ha hecho cien mil ciudadanos (las escuelas) que a su vez harán quinientos mil." Ya ve que yo también puedo firmarme su antiguo inalterable amigo.

SANTIAGO ARCOS

(En el tomo XLV de las *Obras* de D. F. Sarmiento. Buenos Aires. 1900).

—o—

Un libro apasionante

..Ha comenzado a circular en los Estados Unidos un libro que ha despertado allí mucho interés, Men of Wealt, *por John T. Flyn, un periodista y economista muy conocido allí. Es la historia de doce hombres ricos muy célebres, de doce grandes conquistadores de la fortuna, tal vez los doce más característicos héroes del capitalismo desde el Renacimiento hasta nuestros días.Es decir, la historia de quinientos años de vida financiera, al través de doce personalidades profundamente originales en sus métodos de ganar dinero. No son, pues, los hombres más ricos que han existido en esta época, sino los que de manera más fuerte representan a esta época en el mundo financiero. Esos doce hombres son: Jacobo Fugger, creador de la primera fortuna colosal de la era capitalista; John Law, el desconcertante aventurero que fundó la célebre Compañía de las Indias, ministro de hacienda, y héroe de las finanzas reales de Francia; Rothschild, fundador de toda una dinastía de banqueros judíos internacionales; Roberto Owen, capitalista y fervoroso predicador del socialismo al mismo tiempo; Vanderbilt, Hetty Gree, el japonés Mitsui; Sir Bassil Zaharoff, el siniestro traficante de armas judío que vendía su mercancía "de la muerte" al mismo tiempo a dos países enemigos con la más perfecta sangre fría; Cecil Rhodes, cuyo genio financiero era igual a su visión política y que hizo la colonización más sorprendente de los tiempos modernos; Mark Hanna, político y millonario, Rockefeller y Morgan.*

Según dicen los comentadores del libro, es tan apasionante como la más complicada novela de aventuras. Pero pocos lectores aprenden en esas vidas la manera de hacerse ricos, pues es bien sabido que nadie se hace rico con consejos ni con ejemplos. Uno de los comentaristas, Karl Schifftgiers, cita esta frase que es la gran conclusión: "Ningún hombre puede hacerse rico con el trabajo de sus manos... El secreto de hacerse rico consiste en ganar una fracción grande o chica de lo producido por la colaboración de muchísimos otros hombres".

GRINGOIRE

(*El Tiempo*. Bogotá 3, VIII-41)

—o—

Apreciación

Granada, 25 de Septiembre de 1941.

Señor Don
Arturo D'Achiardi Carreño,
Managua.

Muy apreciado don Arturo:

Deseo expresarle por escrito mi agradecimiento por el fino obsequio que me hizo de sus poemas de *La Madre* y *Visión de San José*. Este último con un fino envío y al calce, su autógrafo valioso para mi amistad. Los dos ejemplares han sido agregados a la colección de poesías de los mejores poetas de habla hispana que guardo en mi biblioteca.

He leído y releído los dos poemas, que encuentro llenos de novedad en la forma y en el fondo. La pintura que usted hace de San José de Costa Rica es maestra. Creo que con el tiempo ese poema de usted va a ser puesto en las escuelas de Costa Rica, como modelo en que los jóvenes aprenderán a conocer y apreciar las bellezas de esa ciudad que destaca en Centro América, por la suavidad de su vida en clima y paisaje. Las estrofas sobre La Carreta despiertan admirables sugerencias, para cualquiera que haya tenido la ocasión de contemplar el cuadro trazado por su pincel de poeta.

El poema de la madre está en un orden de poesía más elevada. Su forma presiona y obliga a la meditación sobre el tema que usted ha desarrollado de manera trascendente.

Es su poesía nueva en Hispanoamérica. No le hallo comparación con ninguna otra de nuestros grandes poetas. Excede en intención, al mero deleite de la forma, para darle al fondo una trascendencia de alta filosofía.

Cuando conocí a usted en el Hotel Estrella, tuve impresión respecto de su personalidad que francamente no corresponde a lo que he encontrado en su poesía. Me pareció su mente rigurosamente disciplinada para la lógica. Al oírlo razonar, pensé que tenía una formación clásica especializada en los estudios filosóficos, con prescindencia del elemento imaginación. Ahora rectifico al encontrame que sabe ponerle alas a su espíritu férreo de filósofo y alcanza a volar muy alto.

Guardo recuerdo muy agradable de nuestras charlas filosóficas en la tertulia del hotel; y cada vez que registre sus dos poemas, han de venir esos recuerdos a plantearme la complejidad de un alma moderna, profunda, delicada, razonadora, cautelosa y reservada, que me encontré al acaso en una buen noche en la tertulia de mi hotel de parlamentario, en la capital de Nicaragua.

Al seguir usted su peregrinación de poeta, que tiene el capricho de San Pablo de vivir con el trabajo de sus manos, no olvide que en esa tertulia de la referencia, conquistó para siempre este amigo

CARLOS CUADRA PASO

(Es crítica del ilustre internacionalista y tribuno eminente Dr. don *Carlos Cuadra Pasos*, comentando dos poemas del poeta bogotano *D'Achiardi*.

—o—

Levantando censo escolar

(En el *Rep. Amer.*)

El maestro.
Una señora liberal (Chula).

M.—Buenos días señora!
Ch.—Buenos los tenga Ud.
M.—Vengo a ver cuántos niños escolares tiene.
Ch.—Dos para este año, Eladia y Jesús.
M.—Nombre de la madre:—Yo la Chula.
Nombre del padre:
Ch.—Yo los parí, yo los crío, yo los educo.
M.—Pero ahora hay una ley que ampara a los hijos naturales.
Ch.—Pues son hijos... pausa.. de la Chula. Igual a su padre.
M.—El lunes a las siete se abren las clases. Hasta otra vista.

Después el maestro averiguó cómo se llamaba la Chula y pudo informarse que el padre de los chicos había sido un maestro del lugar que la había engañado.

(Auténtico).

JULIO FABIO UGALDE

Costa Rica, 28-VII-41.

El Político

(En el *Rep. Amer.*—Véanse las entregas anteriores: Nos. 14, 15 y 16, partes I a VIII).



IX

En el principio de su carrera el Político trae frescos en su mente los principios políticos o éticos que contribuyeron a formar en él un esbozo del plan que para surgir necesitaba presentar a sus amigos o al cuerpo electoral que se ha propuesto cortejar. Sus afiliados pueden considerarlo un hombre de principios. Sus adversarios por ello lo combatirán: tales principios provocan la controversia. Pero todos concuerdan en juzgarlo hombre entero; iluso, quizás; idealista; a las veces, doctrinario. Sin embargo, se le respeta.

Llegan sus días de éxito halagador. Entra a formar Gobierno o parte de un Gobierno. Lo que ve en torno de sí lo hace pensar. Y llega el instante de las grandes decisiones. No se siente con valor bastante para oponerse a la arrolladora corriente de los pescadores de perlas o de tortugas que pululan en torno de las salas presidenciales. Se le abren los dos caminos: o renuncia a sus ambiciones o se hace pescador también.

Gracias a la experiencia ahora adquirida, se da cuenta de que para vestir la escafandra del buzo tiene que desnudarse de sus togados principios. Es ya el comienzo verdadero de su carrera política profesional. Entonces, sin miramiento de sí, ni consideración de las gentes, niega hoy lo que afirmó ayer tarde o trasanteayer. Es en la llanura un amante de la libertad, que ha podido repudiar cuando en la montaña. Aplaude el coraje de un periodista extranjero que escribe contra tiranías que por culpa de tal político el periodista nacional no puede mencionar siquiera sin el albur del castigo.

El político de carrera, de esa suerte pervertido, éticamente, no ilumina su época. El mundo en torno suyo se pregunta por qué medios alcanzó el poderoso talismán que le llevó las manos a las bridas del gobierno. Pocos lo saben. Y de éstos alguno lo dice en voz baja: fué su palabra agasajadora la que fascinó y ganó para su causa a las damas de la casa presidencial. De algunos otros se dice que fué el Presidente quien los hizo, paternizando una fausta candidatura, escribiendo alguna carta discreta a sus amigos, haciendo algún nombramiento para presidir o integrar comisiones de responsabilidad.

Esto es, se arriba a la presidencia de la república habiendo hecho poco o nada por ella. O por haber establecido una campaña de oposición dentro de la Cámara, a veces con menguados argumentos que a las gentes de oposición les parecen buenos siempre.

El político no abraza causas valerosas, nacionales o internacionales, causas trascendentes que requieren elevación de miras, a veces no por que no puedan intelectualmente hacerlo, sino porque, pensando en sus próximos buenos éxitos, no tienen aliento para comprometerlos entre hombres que puedan abrigar y defender contrarios pareceres.

Por otra parte, cuando se es político de campanario parroquial no se debe pretender mirar más allá de donde alcanza la mirada del sacristán que tañe las campanas. Hay peligro de que no se le comprenda o de que no se le aplauda, y teme esto el político cuidándose de la protección de las industrias, de habilitación de zonas agrícolas, de la política del petróleo o del aluminio, de los nitratos o de las otras minas, ya se tiene Gobierno progresista, ya se es estadista de aguileña envergadura.

Es este el político amparador de los corsarios que asaltan los próvidos puertos por donde se entra hacia las alturas de los grandes negocios, que suelen parar en mediocres o magníficos monopolios. Magníficos en el sentido de su potencia de expoliación.

Es de entender que las contrataciones correspondientes se cierran con el beneplácito y participación beneficiaria del político allegado al Gobierno. Pasados son los tiempos en que se salía pobre de las mansiones gubernativas. Las demandas contemporáneas exigen muy otra cosa. Se ha de salir hacendado, porque de otra suerte, ¿qué utilidad se acrece a quienes son gobierno? Los amigos corruptores preguntan: "¿Para qué son ustedes Gobierno?" Y el político, luego se interroga también: "Para qué soy Gobierno?"

Tal interrogación señala el comienzo del descenso de la moral del gentilhombre para enmarañarse en los jarales de la moral del político.

X

Suele carecer de ideas el político; de ideas creadoras de nuevas cosas. Sabe lo que otros, antecesores o contemporáneos o rivales, han hecho, y se promete hacer mejor aquello mismo. Su inventiva personal es sorda; pero sabe absorber, esponjosamente, los proyectos ajenos cuando los aprecia de segura fructificación. Atento vive a lo que crean los demás, para imitarlo, para no correr por desusados cauces, porque la originalidad en el descubrimiento de los senderos a seguir, en caso de que la poseyese o la absorbiese podría comprometer las probabilidades de su buen éxito. El político, llegado a cierto descanso del camino se cuida de los éxitos más que de la satisfacción propia.

Agranda una ciudad o un pueblo, por ejemplo, sin plan, sino siguiendo las mismas líneas de las concepciones coloniales o las de sus predecesores.

Transcurre medio siglo y ninguno de tales políticos funda una nueva aldea en sitio adecuado por su belleza, por su manso declive, por el abrigo de los vientos, y de las inundaciones, por la fertilidad de los contornos y la excelencia de sus aguas, para llegar a ser una pequeña ciudad, sana y feliz, con medios de comunicación fáciles. Esto es, carece el político de miradas comprensivas, de visión, de magnanimidad. Pretende ser gran realista; por tanto, no se atreve a dar un paso que no le traiga algún provecho personal para sí o para sus allegados. De ahí que las nuevas aldeas surjan, por lo regular, de los campamentos a lo largo de las vías férreas o de las grandes carreteras. Por eso algunos de estos pueblos más parecen aguileras que aldeas deliberadamente construídas para los hombres.

Carece el político de los impulsos del civilizador. No fomenta sino lo que la vieja tradición exige que se fomente, o lo que la novelería de la hora pide que se exalte y proteja.

Plantaciones de nuevos frutos y legumbres en regiones apropiadas; aprovechamiento de espectáculos de la naturaleza para construir obras de recreo y de enriquecimiento para los Municipios o para el Fisco, y de elevación moral para las gentes; cultivos de pesquerías, de aves de corral y, para los bosques, de animales de cacería como fuente de riqueza. Nada de esto es objeto de los pensamientos o las actividades del político.

Los corrillos en palacio, o en las cantinas de los clubs, o de los sitios de moda más útiles son al político para obtener los favores de las clases urbanas. Porque las multitudes de campesinos y de trabajadores no cuentan, sino en los alcionados días de las elecciones y en los domingos de la campaña política.

R. Brenes Mesén

San José, Costa Rica, setiembre de 1941.

Murray Butler proclama nuestro derecho a la independencia

(En el *Rep. Amer.*)

Las agencias de prensa neoyorquinas nos dan una traducción—pésima traducción por cierto— de un discurso pronunciado por el eminente educador norteamericano Dr. Nicholas Murray Butler, en ocasión de la entrega de diplomas a los graduandos de la Universidad de Columbia en Nueva York, el pasado 3 de junio del año en curso.

El Doctor Murray Butler no es sólo un educador de gran preeminencia en Estados Unidos, en cuyos círculos educativos tienen en alta estimación sus opiniones, sino que, a propia confesión, ha sido consejero privado de todos los presidentes de la nación yanqui desde William Mackinley hasta el actual incumbente, Franklin Delano Roosevelt. Ya en escritos anteriores nos hemos ocupado del asunto.

Y en el discurso citado, el Doctor Murray Butler se vale de palabras consagradas— palabras de Abraham Lincoln—para invitar a la meditación a sus oyentes sobre el problema de gobierno de la nación norteamericana, tomando desde luego a esa nación como modelo de naciones democráticamente gobernadas.

Curioso este hecho, de que cada vez que un hombre autorizado, como el que ahora ocupa nuestra atención, se dirige al público en su nación, de su escrito o de su discurso se pueden sacar en consecuencia, flotantes en el concepto escogido que usan estos hombres eminentes, principios inamovibles en los cuales pueden ampararse los derechos de los pueblos, no ya sólo de los pueblos grandes, prósperos, ricos y felices— felices en parte y proporción —sino, y muy especialmente, los de los pueblos pequeños, débiles, inermes, pobres— aunque ello sea por enajenación de lo propio, como en nuestro caso—que no han visto aún realizado su derecho, igual al de aquellos, a vivir vida libre, independiente y civilizada.

En su discurso, el Doctor Murray Butler entabla la premisa de que la historia de la humanidad puede reducirse a una pugna constante, durante los últimos tres mil años, entre aquellos que proceden egoístamente—la mayoría inmensa de los hombres—y los que imprimen a su obra el anhelo de la realización de iguales derechos y libertades para todos. Eso, nos dice el Doctor Murray Butler, puede aplicarse lo mismo a las naciones que a los hombres. Eso, decimos nosotros, tiene aplicación directa en este momento en nuestro país, en Puerto Rico, respecto del pueblo puertoriqueño, como lo tiene en todos los países coloniales o semi-coloniales, sujetos a la explotación imperialista bajo el actual sistema capitalista y respecto a los pueblos de todos esos países.

El Doctor Murray Butler quiere apuntar sus bien ponderadas consideraciones contra el actual movimiento totalitario nazi en Europa. Puntería muy certera por cierto. Pero, lo que el Doctor no puede evitar, es que su pesada artillería oratoria, de rechazo, fustigue también a los gobiernos de naciones que, llamándose democracias, han puesto en práctica y mantienen aún en la práctica, procedimientos similares a los que sin escrúpulo alguno emplea el fanatismo nazifascista.

Murray Butler compara este actual movimiento— serie de atentados contra la libertad y la democracia de las naciones libres, grandes o pequeñas —con el movimiento napoleónico de 1800 y años subsiguientes. Y nos dice que, según aquel movimiento tuvo su epílogo en Waterloo, con el aplauso de todo el mundo civilizado— sin excluir aún a los propios franceses de entonces— el actual movimiento hitlerista ha de tener también su epílogo, ha de tener su Waterloo.

El Doctor Murray Butler nos hace breve historia de los atentados internacionales que desde la era napoleónica a la fecha han tenido lugar en el mundo, hasta nuestros días. Pero el Doctor se olvida, por supuesto, de un sinnúmero de esos atentados, que se llevaron a cabo y que persisten aún, en funesta retroacción, contra pueblos indefensos que no tenían entonces, ni tuvieron nunca, ni tienen, medios físicos para repeler las agresiones ni poner coto a esos atentados.

No nos dice, por ejemplo, el Doctor Murray Butler, que esos admirados estadistas paisanos suyos y que responden a los nombres de William Mac Kinley, Theodore Roosevelt y Wodrow Wilson, llevaron a cabo atentados de igual jaez e índole a los que perpetra hoy el hitlerismo. Nada nos dice de los atracos de Panamá, de Nicaragua, de Veracruz, de Santo Domingo, de Haití y de Puerto Rico.

El Doctor nos habla con horror del asesinato a mansalva de miles de mujeres y niños a manos de la aviación nazi-fascista en los pueblos de Europa invadidos por Hitler y, sobre todo en Inglaterra. Pero nada nos dice, se olvida el Doctor o lo silencia, que mucho antes de esos bombardeos salvajes ocurieron similares bombardeos en la selva y sobre las poblaciones montañesas nicaragüenses; no nos dice o se olvida de recordarnos que en Haití, poblaciones enteras fueron cercadas por los brigadas de ametralladoras en 1916-20 y sus pobladores barridos por la metralla, sin perdonar sexo ni edad. Tampoco recuerda que, hace hoy exactamente 42 años, una escuadra moderna llevó a cabo un desembarco de hombres armados por las playas de Guánica y que las armas allí desembarcadas todavía están en nuestro suelo en son de conquista. No recuerda el Doctor Murray Butler que todos los atracos y atentados perpetrados hoy por las fuerzas mecanizadas del nazi-fascismo fueron ya ensayados por la infantería de marina y la aviación de una gran nación *democrática*—de su propia nación—en territorio indefenso del propio hemisferio occidental. No nos dice que el 12 de mayo de 1898, una escuadra moderna y ultrademocrática, bombardeó sin aviso una populosa ciudad indefensa que se llama San Juan de Puerto Rico y que se expuso a la muerte a sus miles de pobladores, incluyendo a mujeres, niños, enfermos y ancianos desvalidos.

El Doctor Murray Butler no puede ignorar tampoco que en el año 1898, un General, jefe supremo de las fuerzas armadas de desembarco en la isla de Puerto Rico, prometió al pueblo de esta isla "protección y garantías de su libertad y de sus derechos", protección y garantías que tienen su mejor respuesta en la permanencia de este pueblo bajo un régimen colonial semimilitar y en hechos como la masacre del Domingo de Ramos de 1937 en la ciudad de Ponce.

El Doctor Murray Butler sabe que a las elevadas frases y a las promesas de aquel General, un pueblo inerme, indefenso, ansioso de libertad, ingenuo y hospitalario, como lo fué siempre el pueblo puertoriqueño, les dió un valor que, andando el tiempo, había de ser defraudado y calificado de "ruptura de promesas" por un escritor, norteamericano también, colega ilustre en las mismas instituciones universitarias a las que él ha dedicado su vida: el Doctor Bailey W. Diffie. (Léase su libro *Puerto Rico, a Broken Pledge*, Vanguard Press, New York, 1932).

Y es saludable que, en este momento de solemne preocupación mundial y de ominosas posibilidades; en este momento en que él clama por un nuevo Waterloo, recordemos estos sucesos y casos a persona de tan alto nivel intelectual y moral como el Doctor Nicholas Murray Butler. No por cierto para tratar de justificar las violaciones de promesas, los atentados, los atracos, los bombardeos de ciudades indefensas, las invasiones, anexiones y demás actos de salvajismo internacional perpetrados por el nazismo en Europa y por sus aliados totalitarios en Asia, sino para propender en lo posible a que se deshagan las injusticias del pasado por los sucesores de aquellos que las cometieron antes. Y a que, por un alto sentido de ética y de moral internacional, se restablezca la confianza en el ánimo de veinte y una repúblicas americanas, poniendo término a una situación que, mientras sea mantenida en la nación puertorriqueña, hermana histórica, racial y geográfica de aquéllas, será el motivo principal de la falta de cooperación en la defensa de la democracia en las Américas.

J. ENAMORADO CUESTA

San Juan de Puerto Rico,
julio 25 de 1941.

La detención del General Domingo Vásquez en Corinto en 1901

Su personalidad juzgada por un nicaragüense

(*En el Rep. Amer.*)

A fines de 1901, no recuerdo a punto fijo el mes, se conoció en el gobierno nicaragüense un telegrama que pasaba por las líneas oficiales procedente de Costa Rica y dirigido a El Salvador, en el que se anunciaba que el general don Domingo Vázquez, que había sido presidente de Honduras en 1894, pasaría por el puerto de Corinto. Era la época de grandes intrigas políticas, movimientos revolucionarios e intentonas de invasión en los países centroamericanos. En cada uno de ellos había núcleos de emigrados de consideración que trabajan cerca de los gobiernos para llevar la revolución a sus respectivos países. El general Vázquez, entre ellos, hombre prominente, reconocido jefe militar audaz y enemigo del gobierno de Nicaragua, estaba considerado por éste como uno de los que podían organizar y dirigir movimientos de esa naturaleza; y, en consecuencia, como medida preventiva se ordena detenerlo a su paso por Corinto y conducirlo a la capital. El general Vázquez, protestó por la medida, pero ella se cumplió.

Ya en Managua, se le asignó como cárcel el Cuartel Principal de la ciudad, y en el segundo piso del mismo se arregló convenientemente una pieza para alojarlo, dándose instrucciones al mismo tiempo para que se le guardara toda clase de consideraciones, tomando en cuenta que se trataba de un distinguido militar que había sido jefe de Estado en Honduras.

De acuerdo con esas instrucciones que se ejecutaron al pie de la letra, el general Vázquez debió sentir menos penosa su situación dentro de las circunstancias en que se encontraba. La pieza que se le destinó daba frente al Lago de Managua y al Parque Central. Desde allí podía contemplar el movimiento de la ciudad, aspirar la brisa del Lago tan necesaria en Managua, y ver las personas que transitaban por esos lugares. Sentado en un sillón frente a la puerta de su pieza, se le veía desde afuera, siempre leyendo y durante su detención mostró una decorosa actitud. Fuera de la pérdida de su libertad, que creo duró unos dos meses a lo sumo, no recibió ninguna molestia ni se le dió trato de prisionero. Con todo respeto se le contestaba a sus indicaciones o silicitudes.

Como era natural, hubo varias gestiones hechas ante el presidente Zelaya pera obtener la libertad del general Vázquez, y entre ellas debo hacer especial mención de la de don Rafael Yglesias, amigo personal del general Vázquez y entonces presidente de Costa Rica, ya en dicha fecha en buena armonía con el presidente Zelaya. Este acogió la solicitud del presidente Yglesias, pero entiendo que ya antes había ofrecido la libertad del detenido a una distinguida señora de León, amiga del general Zelaya y del mismo general hondureño, a quien conocía hacían muchos años, y que se había interesado mucho por obtener la libertad de su viejo amigo. Además, la señora, muy apreciada en la sociedad leonesa, supo interesar en sus gestiones a otros miembros del gobierno nicaragüense que trabajaron en idéntico sentido. Fué, pues, debido a la gestión emprendida por aquella dama leonesa que el presidente Zelaya ordenara la libertad del general Vázquez y le permitiera salir con dirección a Costa Rica, de donde procedía cuando arribó a Corinto.

No fué en esa fecha cuando traté yo al general Vázquez, no obstante haber estado en el Cuartel Principal en comisión relacionada con su permanencia allí. No tuve oportunidad de hablar con él, pero sí me informé que daba muestras de tranquilidad absoluta y que guardaba su arresto con serena dignidad y decoro.

Fué en Nueva York, en 1905, que traté personalmente al distinguido militar que había gobernado su país en una de las más difíciles épocas de su historia, y conocía los juicios que sobre su administración hacían sus enemigos políticos. Desde que fuí presentado a él me dí cuenta de tener frente a mi una personalidad de revelantes méritos. Hombre inteligente, culto, de distinguidas maneras sociales y conocedor del mundo por haber viajado mucho. Era más bien, que un militar o político centroameri-

cano, un hombre de salón, correcto y caballeroso. Al tratarlo dejaba la agradable impresión de estar frente un hombre superior, modesto, discreto y de amena conversación. Poseía esa innata distinción varonil y natural que caracteriza al tipo del hombre respetable y que reune las condiciones necesarias para ser jefe de Estado; pero su actuación como presidente de Honduras dejó mucho que desear debido a las doctrinas arcaicas en que se había educado desde joven, siguiendo la carrera militar. Pensaba, en cuestiones de política, como lo manifestaron antes en el Siglo XVI aquellos jefes de estado anteriores a los ideales implantados en Norte América con el "bill of rights" de Virginia y las doctrinas de 1789. Aunque consideraba necesario e indispensable el mantenimiento del orden en la república, quiso implantarlo siguiendo la concepción de su espíritu y de su escuela militar: la estricta disciplina. Según aseguraban sus enemigos políticos en Honduras era un hombre rehacio a aceptar las leyes constitucionales y lo probó durante su gobierno ejerciendo una dictadura militar. Ese fué su gran error político y de allí nació la oposición fuerte que los hondureños hicieran a su gobierno. Y también fué error suyo el haber provocado las dificultades que lo enfrentaron al presidente de Nicaragua en 1893. Le faltó habilidad diplomática para afrontar ese problema, y al enfrentarse y chocar con Zelaya, otro hombre como él, de temple firme, enérgico y decidido, fué vencido por éste porque aquél carecía en su país del apoyo de la opinión pública, no obstante sus brillantes capacidades militares, su valor y la serenidad y actividad que desplegó durante la dura campaña que tuvo que afrontar hasta romper con audacia brillante el cerco de Tegucigalpa el 22 de febrero de 1894, y abandonar la presidencia y el país hondureño, en lugar de caer prisionero de las fuerzas enemigas.

Varias veces conversé en Nueva York con esta distinguida personalidad de Honduras, sobre los pasados acontecimientos, que aceptaba con la calma del hombre superior, pero manteniendo siempre firmes sus raras ideas de gobierno para Centroamérica. En cierta ocasión, hablando sobre este tópico, me dijo: "Mire, amigo, si yo vuelvo alguna vez a ser presidente de Honduras, gobernaré como lo hice la primera vez. No hay otro modo de gobernar a ese pueblo". En esa frase manifestaba su arraigada doctrina política del autoritarismo que concebía como la única para regir su país.

Por otra parte, nunca le oí una palabra mal sonante o dura, ni frase acerba en contra del presidente Zelaya que lo había derrocado del poder y le había detenido en circunstancias anormales; y eso que varias veces abordamos el punto. Eso, sí, me dijo alguna vez, si la oportunidad se le presentaba, no vacilaría en poner su espada para combatir a Zelaya, siempre que se tratara de algo serio y formal y no de bochinches que no conducían a otra cosa sino a mantener en Centro América un estado de anarquía e intranquilidad que él detestaba.

Pío Bolaños

San José de C. R., julio de 1941.

El chotacabras [1]

(En el *Rep. Amer.*)

Volaba en la atardecida sin lluvia el chotacabras.

Comenzaban a encender sus faros las luciérnagas.

Los carbunclos noctámbulos dormían todavía.

—¡Ese animal come *cocuyos* 2), dice un peón.

Me parece falso aquello y le contradigo.

—Es verdad, afirma otro. Con *Usebio* matamos uno y le hallamos en el buche así montón de *lucernas* y *cocuyos*.

—No lo creo, afirmo otra vez.

*

Pasados seis días me vienen a ofrecer un chotacabras muerto. Lo abrimos y le hallamos carbunclos y luciérnagas indigeridos.

—De tanto comer luz—dice uno—debiera alumbrar este animal. Debiera ser un ave de luz.

¿Cuántos foquitos se come todas las noches? Debiera alumbrar.

*

Se alejan los peones.

La noche reina ya.

Me quedo yo pensando:

—No es llevando al estómago *hacedores* de luz, como llegan a ser *luz* algunos seres.

La luz no se hace en la molleja ni en los intestinos: se gesta en el alma o en el cerebro. Es hija de un elevado y noble afán de alumbrar, un deseo milenario de ser sol. Y es mucho ser siquiera luciérnaga o carbunclo. En los dos foquillos de luz fría concrétase el anhelo secular de ser estrella...

El pobre chotacabras come luz todas las noches y será siempre un pedazo más de sombra en las sombras de la noche... Jamás alumbrará.

No son el estómago ni la molleja laboratorios de luz.

Se hace luz en el alma.
Se hace luz en el cerebro.
Los hartazgos de luz no dan luz.
No, Sr. Chotacabras...

Francisco Luarca.

Hacienda *Cimarrón*, Peralta, Costa Rica, 24 de mayo de 1937.

1) *Pucuyo, judío y caballero* se le llama en El Salvador *Cuyeo* en Costa Rica.
2) Carbunclos

Recado vertical al mundo

(En el *Rep. Amer.*)

—Juan Perú: apaleado en los campos
y arrastrado en las calles, sebedlo.
Juan Perú: al panteón o a la cárcel;
ley afuera, sin habla, sin nombre.
—¿Quién la tierra y el pueblo y el todo?;
forastero, no obstante, don Nadie.
Juan Perú: triste patria sin patria;
maldecido, negado, proscrito.
—Pero oídlo!: no llora, no cede.
Aquí está con su drama en batalla,
ordenando el quehacer de la lucha
—Juan Perú, ni se rinde ni corre.
¡Qué gran noche la suya! No importa
Tiene un sol pecho adentro... ¡y avanza!

A. Arias Larretá

Prisión Política del Sexto, Lima, Perú, 18-IX-941.

¿Cuándo será...?

(Viene de la pág. 296).

no, y no le parecía de buen gusto mencionar a Dios; pero este no sólo es un mundo de inmutables leyes físicas, sino de inmutables leyes morales, y en el momento en que Dios se canse definitivamente de las extravagancias de este jactancioso caporal bohemio, como le llamó Hindenburg, Hitler desaparecerá. ¿Cuándo sucederá esto?, se pregunta Van Loon. Acaso muy pronto. Hitler ha llegado al pináculo de la fama, como Napoleón en 1812. Sin hacer un paralelo entre éste y aquél, sino desde un ángulo filosófico, se puede predecir el próximo final de esta guerra. El Señor ya está hastiado de este hombrecito feroz, como lo estaba de Napoleón en 1812. Y cuando la cólera divina caiga sobre él tan grande como sea su poderío, perecerá.

No hay duda de la habilidad genial de Hitler. Sin embargo, cometió un tremendo error. El mismo de sus predecesores. Olvidando la advertencia escrita en todas las páginas de la historia, Hitler vive bajo la ilusión de que su genio le ha colocado más allá del imperio de las leyes morales, que son parte inseparable de la estructura de la creación. Estas leyes se imponen, y el Señor Dios ordenará pronto la condenación del hijo de Alois Schickelbruger. "Que sus cenizas no conozcan el reposo!" Tal es el voto de Hendrich van Loon.

Calibán

(*El Tiempo*. Bogotá, 22-X-41).

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Ejercicios

(En el *Rep. Amer.*)



Los inconformes

Por la alameda silenciosa caminan enlazados el sueño y la luna. Y es azul el primero y esplendente, la segunda. Y en la tierra no hay sombras, no hay huellas, no hay surcos: sólo una crujiente alfombra de hojas muertas. Y dicen las últimas:

—¡Cantemos la gloria de la hermana noche! Somos las quimeras de los soñadores; somos las cantoras del otoño. Vengan los hombres a nuestro reino y seamos útiles a ellos. ¡Oh, triste morir! Sin hambre, sin gloria, sin dolor...

Y las hojas mustias tiemblan y vuelven a su inmovilidad.

La luna y el sueño pasean: doncella melancólica y dulce; galán de ojos violeta y manos etéreas. Los rayos de Diana se prenden en los árboles hoscos y los hacen sonreír. ¡Oh, los altivos pinos de esbelto talle! Y hablan entre ellos:

—¿Por qué permanecer quietos? ¿Por qué estar atados? ¿Quién a nuestras plantas se arraiga tan cruelmente? Y los hombres trabajan... y ríen... porque pueden caminar, ver otros cielos, besar otras tierras. ¡Oh, nuestra inmovilidad! Seamos altivos, y con nuestra altivez compensaremos nuestra impotencia.

Y el sueño y la luna siguen enlazados caminando por la alameda. Y viene el viento y ebrio de libertad dice:

—Felices vosotros los árboles quietos y y vosotras las hojas muertas. Eternamente en reposo... y sin esta locura que me hace correr, rodear las casas, alzarme a los cielos, entrar en cavernas y frotar las ramas secas. ¡Oh, qué cansancio! Felices vosotros... Ay!...

Y la luna y el sueño detienen su marcha y quedan flotando en el aire con dulce balanceo de seres irreales. Y la luna canta quejumbrosamente:

—¡Oh, amigo: cuán triste misión la que pesa sobre mí! Alumbrar desde las alturas, ni tan lejos que no mire lo que pasa en la tierra, ni tan cerca para sentir el fuego de una pasión. ¡Ah, si no fuera helada!...

Y el sueño:

—Y yo, hermana mía, esclavo de las almas errantes, no puedo ser libre: mi existencia depende de los hombres. No puedo remontarme con alas propias como el águila, ni arrastrarme en tierra como la hormiga. Tan pronto existo como muero. Si por lo menos tuviese una vida...

Y soñolienta aún, la gran madre protesta:

—Calláos todos, seres inconformes, ¡Aprendad de mí! Yo soy la gran maestra. Vosotras, hojas sin vida, sois msi hojas. Vuestra misión empezará pronto. Vosotros, pinos altivos, servid al hombre con vuestro cuerpo; tú, viento, sigue embriagándote; sé loco, sé bohemio: serás hermoso; tú, luna, permanece siempre fría: eres la novia de los artistas: tu frialdad es el lenitivo de su fiebre, y tú, sueño, ¡existe! ¡Basta ya!

Y la tierra da media vuelta y sigue durmiendo en su eterno laborar.

Agosto, 1941.

Sueño de sueños

Anoche tuve un sueño raro. Iba yo en una barca por un río de aguas tranquilas. A las orillas, la tierra mostraba una plácida sonrisa verde y los melocotoneros movían con languidez sus ramas florecidas. Unas pocas casas risueñas abrían sus ojos en un rostro adormecido por la paz campestre. Mi barca iba por las aguas subiendo la corriente. El cielo era espléndido: azul, muy azul, con ligeras nubecillas semejando inmensas palmas blancas. Una inefable tranquilidad habíase posesionado de todo mi ser.

—¡Qué hermoso es vivir!—pensaba, al mirar aquel armonioso paisaje.

No tardé mucho en notar que el río no tenía ya la anchura primitiva, y que algunos puentes encorvados cruzábanlo perezosos. En uno de ellos vi a una niña pequeña que jugaba alegremente con una linda muñeca rubia. La pequeñuela tenía una gran semejanza conmigo: su sonrisa era como la que recuerdo haber visto en un retrato de cuando era chica.

—¡Extraordinario!—me dije—. Heme aquí a los seis años de edad.

Al pasar mi barca bajo el puente la figura permaneció quieta; cuando lo dejé atrás, vi cómo el rostro de la niña palidecía más y más, los ojos se le iban entristeciendo y su silueta adelgazaba, adelgazaba, hasta diluirse en el aire puro de la mañana.

Como llevada por dos sueños mi embarcación navegaba con lentitud. No mucho tiempo después, se me apareció otro puente. En él, una jovencita leía con el semblante pensativo.

—Soy yo, indudablemente—pensé.

Y en efecto: era yo a la edad de doce años.

Seguí en mi embarcación, y pronto tuve ante mí el tercer puente. Desde él mirábame mi propia figura, silenciosa y fijamente. Cerré los ojos y, como desde muy lejos, oí una voz que me decía:

—Cuando pases bajo este arco de tu vida, te preguntarás quién eres y a dónde vas. ¡Recuerda entonces que tú no eres tú!

Abrí los ojos. No había nadie, ni puentes cruzando el río, sino una franja azulina en cuya superficie se reflejaba el cielo con sus palmas blancas como abanicos. Y me pregunté si realmente yo era yo, y tuve el deseo de saber cuál era mi destino. Y vime de nuevo como cuando era pequeña, con los infantiles ojos abiertos en una inmensa interrogación y los labios mudos preguntando eternamente. Y vime luego en la escuela, y así fueron pasando por las aguas en sucesión fantástica las escenas importantes—y aun las que no lo eran—de mi corta existencia. Y luego las aguas se pusieron turbias y reflejaron el rostro de mis dieciocho años. El eco de mi propia voz decía dentro de lo más recóndito:

—¡Tú no eres tú!...

Y entonces pensé en la vanidad de esto que llamamos yo. Y supe que, en efecto, yo no era yo. Y pensé en los siglos de existencia de esta vieja tierra y en los millones de seres que la han poblado. Y pensé en los incontables "yos" que han existido con sus clamores de soberbia. Y comprendí lo ridículo de tal cosa, y me dije:

—En verdad que yo no soy yo—mi yo es de éste, de aquél, porque nada he producido, nada he hecho que sea distinto de lo que mis hermanos han dado—porque mi cesta tiene las flores que crecen en campos que existían cuando mi entidad no era lo que hoy es.

Y reconocí que iba hacia donde todos van, y sentíme alegre porque era libre como las auras.

Pero la barca seguía navegando. De pronto, me encontré en la tierra blanda y amorosa, bajo un árbol copudo y ante mí, un anciano de rostro venerable. Dijo él:

—Yo soy el Gran Pensamiento, el que los hombres tienen una vez nada más en su vida. Soy el único, el que llega a la puerta del espíritu y busca albergue por una noche. Me encontrarás bajo la frente rugosa del aldeano que mira la simiente o en el hombre de ciencia o en el artista. Soy yo cuando soy el primero. Los otros no son sino el reflejo de mi presencia única. ¡Soy el pensamiento de lo infinito y de lo armonioso!

Y el Gran Pensamiento inclinó la cabeza y se fué incorporando al tronco obscuro del árbol hasta desaparecer por completo. Y las ramas fuertes empezaron a temblar, y en cada hoja verde vi la vibración milagrosa del pensamiento único y prístino de cada ser humano. Y en el ansia de luz del follaje conocí la eterna ansiedad de infinito y de armonía que tortura a los hombres.

Fuíme luego caminando por la ribera del río amigo y pronto hallé un templo. Era éste una hermosa construcción con columnas de pórfido; pero en el interior no había imágenes, sino que ostentaba una absoluta desnudez. Al entrar oí como un musical aleteo, y pude entonces comprender que era el templo humano del Dolor, y el constante y armonioso aletear, el producido por el trabajo de regeneración de los espíritus en la inmensa fragua del sufrimiento.

Al salir del misterioso templo llevaba en el alma un inefable sentimiento de felicidad, porque había comprendido lo grandioso del dolor.

Por el aire una bandada de pájaros, de Oriente a Occidente.

—Es la vida—me dije—que marcha del levantarse al ponerse del sol, y que luego empieza nuevamente, formando así una gigantesca órbita como el fluir y refluir de las aguas del mar.

Y caminé mucho por las orillas del río siempre hacia arriba. Vi entonces una nube-rosa y plata—que venía hacia la tierra. Y llovieron pétalos fragantes y menudos. Eran los sentimientos y los actos nobles que, como cosas pequeñas, alfombraban los campos humanos y los hermosean.

Y caminé nuevamente, y me fuí durmiendo en mi sueño; pero, con mis pasos un canto monótono se oía:

—Camina, camina hacia la fuente de todas las cosas. Camina hacia la luz de todas las luces, hacia el sol de todos los soles. Camina, peregrina, y hallarás la paz...

Hilda Chen Apuy

Costa Rica, setiembre de 1941.